

JOAQUÍN VELA
— Y —
ENRIQUE SIERRA

LAS INSACIABLES

HISTORIETA CÓMICO-VODEVILESCA

en doce cuadros y apoteosis,
considerados como tres actos

ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

JACINTO GUERRERO

PRIMERA EDICIÓN

300 ejemplares

Copyright, by Joaquín Vela y Enrique Sierra

M A D R I D
SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES DE ESPAÑA

Plaza de Cánovas, 4

—
1934

Reparto de "Las insaciables"

Aureena
Mulata Consolación
Vagabundo 1^o
Insaciable
La Vedette
Mejicana
Amarona

} Conchita Leonardo.

Artemia
La Campeona
La del autogiro
Amarona

} Concha Rey.

Paula — Flora Pereyra.

Modesta
Cubana
Insaciable
Amarona

} Aurelia Ballesta.

Lorena — Ita Balaguer.

Gregoria } Ita
Petra }

Epifanio - Sr Murillo
Venturoso - Sr Rodríguez

Ubaldo - Sr Zapater

Crisanto - " Cascano

Severiano - " Román

Maadmirador - " Urutia

Sordouudo }
Mejicano } " Tito.

EMPRESA COLISEVM

PALACIO DEL ESPECTÁCULO

Decorado Acto I

Cuadro 1º *Trincha de pajas y sostenes
a todo foro.*
Telón Corto Rumba,
Telón Corto Andorra Estatuas.

Trés medias

*Telón Corto Anuncio
periódico*

Cuadro 2º *Decorado todo foro
fanotia.*

Cuadro 3º *Telón Corto campo
aviación*

Cuadro 4º *El avión en vuelo
a medio foro.*

Cuadro 5º *Decorado todo foro
final 1º acto
Drapón Inmóvil*

Acto II.

Cuadro 1º Exterior de la franja
arriola a todo foro.

Cuadro 2º Telón Corto del
autogris.

Cuadro 3º Otro exterior de
la franja arriola.
Telón Corto para el
nº de las Postales.

Cuadro 4º Telón Corto de la
franja.

Cuadro 5º Telón corto del
Cuadro Mexicano
y Cuadro Mexicano
a todo foro.

Cuadro final: Telón Corto facenia
A todo foro
la Cacería del
nº final. $\frac{1}{2}$

LAS INSACIABLES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad General de Autores de España* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LAS INSACIABLES

HISTORIETA CÓMICO-VODEVILESCA

en doce cuadros y apoteosis,
considerados como tres actos,

ORIGINAL DE

JOAQUÍN VELA Y ENRIQUE SIERRA

MUSICA DEL MAESTRO

JACINTO GUERRERO

Estrenada en el TEATRO MARAVILLAS,
de Madrid, la noche del 11 de Mayo de 1934.

PRIMERA EDICIÓN

500 ejemplares

1934

GRÁFICA VICTORIA

Benito Gutiérrez, 15

MADRID

A

Perico Chicote,

el gran «barmann», nuestro querido amigo y «compañero»... Compañero, sí, porque estas revistas de hoy son más que otra cosa un «cocktail», en el que hay que mezclar con habilidad los más extraños ingredientes. Y, tratándose de un «cocktail», fuerza será llamarle no sólo «compañero», sino también «maestro».

Cariñosamente,

Joaquín Vela.

Enrique Sierra.

REPARTO

PERSONAJES

INTERPRETES

AZUCENA	}	Conchita Leonardo.
MULATA CONSOLACION		
VAGABUNDO 1. ^o		
INSACIABLE		
LA VEDETTE		
MEJICANA	}	Blanca Pozas.
AMAZONA		
ARTEMIA		
LA CAMPEONA		
LA DEL AUTOGIRO		
AMAZONA	}	Anita Lasalle.
PAULA		
MODESTA		
INSACIABLE		
AMAZONA		
LORENZA	}	Maruja Paso.
INSACIABLE		
AMAZONA		
CUBANA	}	Isabel Gisbert.
INSACIABLE		
AMAZONA		
GREGORIA	}	Srta. Galindo.
INSACIABLE		
AMAZONA		
UNA ADMIRADORA	}	Paloma Luján.
INSACIABLE		
AMAZONA		
EPIFANIO	Miguel Ligero.	
VENTUROSO	Sr. Parra.	
CRISANTO	» Arteaga.	
UBALDO	» Guillén.	
UN POLLO SORDOMUDO	}	» Becerra.
MEJICANO		
SEVERIANO	» Jualanseo.	
UN ADMIRADOR	» Sánchez.	

CONJUNTOS: *Cubanas.*—*Cotillas.*—*Vagabundos.*—*Insa-*
ciables.—*Granjeras y Granjeros.*—*Las del autogiro.*
Botones del continental.—*Charras y Charros mej-*
icanos y Monteros de la cacería.

Coreografías de ARSENIO BECERRA. - Decorados de MORALES
y ASENSI. - Figurines de JOSÉ POZAS. - Sastrería de PAQUITA,
HORTENSIA GELABERT y MANUELA CAPISTRÓS.

La acción de los cinco primeros cuadros en Madrid.
La de los restantes en Villagallos, pueblo
español imaginario.

Época actual. - Lados, los del actor



CUADRO PRIMERO

Interior de «Las buenas formas», tienda de fajas y sostenes situada en una moderna vía madrileña. Al foro, izquierda, formando ochava, puerta de dos hojas, de cristales, que comunica con la calle. A la derecha, primer término, pequeña puerta que conduce a la vivienda, y otra ídem, a la izquierda, que se supone da al almacén. Pequeño y coquetón mostrador, a la derecha; sobre él cajas y sostenes. Al foro, escaparate de la tienda, a través del cual se ve la calle. Decoran la tienda «maniqués» y «panós» con pinturas alusivas al negocio, procurando que la tienda en cuestión resulte, no sólo alegre, sino también elegante y frívola. Es de día, en primavera. Pocos muebles en escena, pero los que haya que sean de factura moderna.

(GREGORIA—joven y guapa dependienta, vestida con un uniforme provocativo—manipula en el pequeño mostrador, marcando precios en unos sostenes. Por la puerta de la calle llega el ruido estridente de una pianola que toca un ruidoso pasodoble.)

GREGO.

«Gran fantasía...» «Gran fantasía...» «Seis pesetas...» (Va anotando el precio en las etiquetas.) ¡Caramba con la pianola del bar! Me está levantando un dolor de cabeza... El vecino lo ha cogido con ganas. (Va hacia la puerta de la calle y grita.) ¡Eh, vecino! ¿Quiere usted suspender un ratito el concierto matinal?... Es que estoy marcando unos sostenes... ¿Cómo?... ¿Y no le dará a usted igual vérselos puestos a una tía suya? (La pianola deja de tocar y ella vuelve al mostrador.) ¡Qué gachó más sinvergüenza! (A la derecha, dentro, se oye un gran escándalo: gritos amenazadores de Venturoso y otros de auxilio de Crisanto.) ¡Atiza, ya están tío

y sobrino como todos los días! (Por dicho lado sale CRISANTO huyendo de su tío VENTUROSO, que es portador de una vara de medir con la que le amenaza. Crisanto es un jovencito medio atontado; viste pantalón chanchullo y un jersey, Venturoso—dueño del establecimiento—es bastante ordinario y posee un genio de mil diablos.)

CRISAN. ¡Que no, tío, que no! Que el corazón es libre y el amor no entiende de razones ni de dinero...

VENTU. Pero—¡maldita sea tu estampa!—¿qué tié que ver el amor con pasar un rato de expansión con una socia..., que eso lo hace cualquiera?

CRISAN. Los que no aman a otra.

VENTU. ¡Y los «colao perdíos», so cursi! Te repito que a la próxima señora que yo te ponga a tiro, la das pelota y la llevas ande yo te diga, o te eslomo. Y no te opongas porque... (Le amenaza.)

CRISAN. ¿Pero es que no hay otro medio de cobrar esa herencia más que abusando de mi natural candor?

VENTU. (Furioso, a Gregoria.) Pero ¿tú has visto esta doncella anémica?... (Quiere pegarle.) ¡Ay, tu abuela, que fué mi tía segunda! (Gregoria le contiene.)

CRISAN. Y, además, eso de que tenga que ser una casada...

VENTU. Eso cuéntaselo a tu tío cuando hizo el testamento.

GREGO. ¡Ya, ya!

VENTU. Tenía sus motivos.. (Indignado, a Gregoria.) ¡Y usted se mete en su combinación! (Transición.) Hoy he puesto este anuncio que ya tié que ser lo definitivo. Léelo. (Le entrega un ejemplar de «El Liberal.») Ahí.

CRISAN. (Lee.) «Se necesita chica para tener un niño.»

GREGO. ¿Cómo?

VENTU. No; ese, no. El de abajo.

CRISAN. (Lee.) «Rosita desea saber quién es el caballero...»

VENTU. El de encima.

CRISAN. ¿Eh?

- ~~VENTU. Digo que el anuncio de arriba de ese.~~
CRISAN. «Para entretener niño 23 años se necesita casada guapa, joven, cariñosa, práctica en juegos niños esa edad. Gratificación espléndida. No consulten marido. Absoluta reserva. Imprescindible casada y decente... hasta donde se pueda. Dirigirse a...»
- VENTU. (Satisfecho.) ¡Eh? ¿Qué tal?
CRISAN. Esto es una vergüenza, tío. ¡Y no, no y no!
(Tira el periódico.)
GREGO. Pues valiente fresca la que se presente.
VENTU. Crisanto, que con mi dinero no juegas.
(Volviéndose indignado a Gregoria.) ¡Y usted se mete en lo que la llamen!
- CRISAN. Pues haga usted lo que quiera, tío. A mí ya me pueden echar casadas, que va a ser lo mismo. Y si no cobramos la herencia, mejor. Que pase a un hospital.
- VENTU. Pero ¿cómo? ¿Mi parte a un hospital? ¡El que va a ir a un hospital eres tú, granuja!
(Le persigue con la vara de medir. Por la puerta de la calle entra corriendo UBALDO, tipo estafalario, muy mal vestido, con prendas anticuadas y oficial de un Juzgado por más señas. También se interpone entre los contendientes.)
- CRISAN. ¡Tío, no me pegue usted!
GREGO. ¡Don Venturoso, por favor!
UBAL. ¡Caray, Venturoso, que te veo en la Modelo!
- VENTU. Suéltame, que lo trituro.
UBAL. ¡Que no, que tienes tres años! ¡Que tienes tres años, Venturoso!
- VENTU. Pero ¡qué voy yo a tener tres años!
UBAL. Que sí, que los tienes de cárcel por lesiones graves en la persona de un familiar.
VENTU. Y a presidio voy por este idiota, que tengo decidido matarle.
- UBAL. Venturoso, que te agravas; que te van a apreciar premeditación, superioridad manifiesta y garrote.
- VENTU. Pues que me aprecien lo que quieran, pero a mí no me busca la ruina un atontao.
- CRISAN. Hay que ver: total, por cuatro cuartos...
(Y se va displicente por la derecha. A poco Gregoria hace mutis izquierda.)

- VENTU. Cuatro cuartos le llama este a cien mil duros. (Con aire reservado.) Bueno, habla: ¿qué hay?
- UBAL. Hay que va a venir una casada que te he encontrao, que—¡vamos!—o el chico no tié remedio, o a los diez segundos de saludarla se la ha comido... en el sentido sustantivo de la palabra. Estaba muy reacia porque, al parecer, el marido es un tío anticuaao, de esos que quieren que su señora sea solo para ellos, y sacuden.
- VENTU. (Despectivo.) ¡Retrógrados que los hay!... ¿Y de la abogada esa amiga tuya, qué?
- UBAL. Pues que viene en seguida.
- VENTU. Oye: ¿y sabe de leyes?
- UBAL. Es la «Bergamina» de la profesión, no te digo más. En el Juzgado donde yo estoy tiene la mar de asuntos.
- VENTU. A ver si me encuentra solución a esto.
- UBAL. Bueno, ¡también tu pariente, el testador!... ¡Hay que ver qué clausulita! Porque, vamos, exigir que tu sobrino y una casada... (Mímica.) ¡es de una intención!
- VENTU. El placer de la venganza, Ubaldo. A mi primo Marcos se la habían pegao treinta y tantas mujeres, inclusive la suya, que se fugó con uno de Consumos.
- UBAL. ¡Rediez, qué sino!
- VENTU. Murió solo, amargao, sin más parientes que su hermano, yo y este chico, pero cargao de dinero, y se le ocurrió la clausulita de marras, que escribió y entregó a su hermano, que es el encargao de hacer cumplir su voluntad.
- UBAL. (Viendo salir a Gregoria por donde se fué.) Calla.
- GREGO. Don Venturoso, que van a radiar el número anuncio de la tienda.
- VENTU. Hombre, a ver cómo ha resultao.
- UBAL. ¿De qué se trata?
- VENTU. De una rumba que he encargao al famoso poeta Amadeo Larrima con música del maestro Balseiro para anunciar este establecimiento: «Las buenas formas», tienda de fajas y sostenes. La hemos impresionao

en un disco y hoy lo radian por primera vez. Es una propáganda que ahora está muy de moda.
Pues hay que oírlo.
UBAL. Don Venturoso, que va a empezar.
GREGO. Vamos, vamos. (Oscuro y mutación.)
VENTU.

Telón corto. Un bohío cubano. Pintada, en el centro, una mulata en actitud vergonzosa, tapándose los desnudos pechos con las manos. Por entre la exuberante y tropical vegetación aparecen cabezas de negros que miran con avidez. Telón moderno y de mucho color.

MUSICA - NUMERO 1

(CONSOLACION—vedette—y CUBANAS—segundas triples—. Al final conviene que salga también la Bailarina. Número en rumba, cantado y bailado, que termina haciendo mutis todas las figuras. Los cantables, en la partitura. Con oscuro y mutación volvemos al decorado de la tienda de fajas y sostenes.)

Hablado

(En escena VENTUROSO y UBALDO.)

VENTU. ¿Qué te ha parecido?
UBAL. Estupendo. Calla, ya está aquí doña Artemia.
VENTU. ¿Quién?
UBAL. La abogada, la que te he dicho. (Por el foro llega ARTEMIA. Es una mujer todavía joven, guapa y vistosa. Viste elegante, aunque un poco hombruna. Usa gafas modernas y trae bajo el brazo una amplia cartera. Presume exageradamente cuando habla latín, lo que hace con frecuencia.)
ARTE. Muy buenas. ¿Don Venturoso Langa?
UBAL. Pase, señora.
ARTE. ¡Ah! ¿Está usted aquí? Veo que ha sido usted más rápido que yo, y eso que he venido *ipso facto*.

- UBAL. Aquí es mi amigo Venturoso, del que le hablé.
- ARTE. ¡Ah! ¿Usted es el legatario?
- VENTU. (Confundido.) ¿Eh?
- ARTE. Vamos..., el interesado en el *casus belli*.
(Todas las palabras latinas están escritas aproximadamente como se pronuncian.)
- VENTU. (Hecho un taco.) El gusto es mío, sí, señora. Siéntese. (Lo hacen los tres.)
- ARTE. Se lo agradezco porque llevo una mañana atareadísima: un juicio de desahucio en el Juzgado de Chamberí, otro por injurias en Congreso y una indemnización por suministro de aguas en... (Pensativa.) Caramba, ¿dónde es lo del agua?... ¡Ah, sí! En Latina. (Cruza las piernas y enciende un cigarrillo.)
- VENTU. (¡Caray! La letrada cómo enseña las piernas.)
- ARTE. Y menos mal que hoy no tengo ninguna vista en el Supremo. Cosa rara, ¿verdad, Ubaldo? (Este asiente. A Venturoso.) Porque usted no sabe las vistas que yo tengo.
- VENTU. (Que no deja de mirarla.) Me voy haciendo una idea.
- ARTE. Y ahora vengo del Circo de Price. Estoy interesadísima con el campeonato de resistencia de baile que se está celebrando, porque uno de los participantes, seguramente el vencedor, es uno de los muchos clientes míos que me están agradecidísimos.
- VENTU. ¡Ah!, ¿sí?
- ARTE. Y el hombre ha jurado que si gana el campeonato viene a ofrecerme el premio, esté donde esté.
- UBAL. Pues ya es admiración.
- ARTE. ¡Ah! Tengo muchísimos que donde yo piso, osculean. Bueno, vamos al caso de usted. Aquí, Ubaldo, me lo ha contado, si no *pe dem lítere*, por lo menos *grosso modo*. (¡Mi madre!)
- VENTU. Creo que el testador ha impuesto como condición *sine quá nón* que su sobrino se... se..., ¿cómo lo diríamos?... se «amancebe» con una mujer casada, siquiera sea por un tiempo *brevis et breve*.

- UBAL. Eso es, sí, señora.
ARTE. Pero su sobrino, que es copartícipe con usted, porque, si no he oído mal, usted es también legatario...
- UBAL. (Levántandose, hecho un lío y muy fino.) Yo soy de Vallecas, señora.
ARTE. Bueno, pero legatario.
UBAL. Sí, lo es.
ARTE. Su sobrino, repito, se niega a cumplir la condición establecida y, en ese caso, ambos legados...
- UBAL. ...Pasan a la Beneficencia General.
ARTE. ¿Consta así en el testamento?
UBAL. No. Es un mandato privado al hermano del testador.
ARTE. (Dándose mucha importancia.) ¡Ah, vamos! Es una especie de fideicomiso.
VENTU. (Confundidísimo.) ¡Sopla!
UBAL. Justo: *comiso verbalis*. (¡A mí no me achicas!)
- VENTU. (¡Anda el otro!)
ARTE. Y la condición, ¿es *ad perpetuam*?
UBAL. *Ad perpetuam e in artículo mortis*.
VENTU. (Ya loco.) (Pero, ¿pa qué hablarán francés?)
ARTE. (Levántandose. Los demás lo hacen también.) Pues el caso es terminante, amigo Langa.
VENTU. ¿Qué usted decir que si el chico no... no se «anima», yo no cobro?
ARTE. Exacto. Los latinos decían: *Uti legasit, super pecunia ita iust esto*.
VENTU. ¿Pues sabe usted lo que yo digo?: que como el chico no haga lo que le he mandao y yo me quede *in albis*... le dejo *requiescan in pace per sécula seculorum*. (Ubaldo le felicita.)
ARTE. No será necesario. ¿Dónde está el joven remisó?
VENTU. Voy a llamarle. ¡Crisanto! ¡Crisantito! (Este sale en seguida por la derecha.)
CRISAN. (Con la vista en el suelo.) Servidor.
ARTE. (Contemplándole extasiada.) ¡Rejustiniano, es un guayabo jamón!
VENTU. Oye, rico, atiende un momento a esta señora que te quíe hablar.
CRISAN. ¿A mí? (Otra casada para que pique, pero

- [sí, sí!) (Venturoso y Ubaldo se retiran un poco al fondo. Artemia va hacia Crisanto insinuante.)
- ARTE. Tu tío me acaba de contar que te niegas a obedecerle en... «cierta orden» que te ha dado. Y yo quiero saber si a mí me dices también que no.
- CRISAN. (Con brusquedad) A usted y a la que se presente.
- VENTU. ¡Crisanto!
- ARTE. (Muy suave,) No, déjelo. Estos caracteres impulsivos me agradan. Pero vamos a ver, Crisantito: ¿a ti qué trabajo te cuesta hacer una cosa tan fácil... (Con intención.) y para la que ya vas teniendo edad, rico? Tú tienes juventud, tienes bríos; en fin, tú tienes todo lo que hace falta en estos casos, ¿no?
- CRISAN. (Muy ruborizado.) Sí, pero me falta... lo principal.
- ARTE. ¡Repapinianol!, ¿qué te falta?
- CRISAN. Pues la... el... ¿Usted me comprende?
- ARTE. (A Venturoso.) De esto estaba usted en la guerra.
- VENTU. No le haga usted caso que no le falta ná. ¡Si lo sabré yo que no le falta!
- CRISAN. Sí, señor: me falta que me gusten las mujeres que me traen. Lo principal.
- ARTE. ¡Ah! Caramba, precioso, no nos asustes. Y, además, no pidas gollerías. Te las traen guapas, atrayentes, convencidas... y a punto de caramelo. ¡Vamos, galán, que así se las ponían a Fernando Séptimo!
- CRISAN. Pues no me gustan, ea.
- ARTE. Pero... ¿ninguna?
- CRISAN. Ninguna.
- ARTE. ¡Oh! Este jovencito es *rara avis*.
- VENTU. Pues como me salga *avis*... (Gesto afeminado.) ¡lo es! lomo!
- UBAL. No, hombre, que no es lo que te figuras.
- ARTE. Pero, dime: ¿no te gustaría que una mujer hermosa te hiciera así? (Le barbillea.)
- CRISAN. (Rechazándola.) ¡Señora!
- ARTE. Y aprisionándote en sus brazos, así, se embelesará en tus ojos soñadores y rasgados, así. (Le mira como una vampíresa, abrazándole.)
- UBAL. (Entusiasmado, a Venturoso.) ¡Qué mujer más hábil! Hay que ver cómo sabe su oficio.

- VENTU. ¿Cuál?
UBAL. El de abogada, hombre.
CRISAN. (Soltándose violentamente de los brazos de Artemia.) ¡No! ¡He dicho que no!
ARTE. ¿Cómo?
CRISAN. Y ni que me traigan a Doña Venús y a Doña Salomé se salen con la suya. Usted lo pase bien. (Al mutis por la derecha le saca la lengua.) ¡Um! ¡Fea!
ARTE. ¡Oh! Este joven es un selvático.
VENTU. Es un animal, sí, señora.
ARTE. (Paseando nerviosa.) Y me ha llamado fea. ¡A mí, que me dicen en los Juzgados la bella Bergamín!
UBAL. Para mí que este chico está enamorado de alguna socia y por eso no quiere...
VENTU. Algo me he maliciado yo. Porque, la verdad, no atino que pueda ser por otra cosa.
ARTE. No sé, no sé... ¿Hace sport?
VENTU. Hace poco. Que monta en bicicleta los domingos, que es socio del Canoe Club y que está matriculado en un *gimnasio*. Total, ná.
ARTE. Porque está demostrado que el deporte excesivo deprime para el amor. Y en las mujeres, no digamos. Precisamente ahora mismo tengo yo una demanda de divorcio en un caso de esos.
UBAL. ¡Ah!, ¿sí?
ARTE. Se trata de una esposa tan entusiasta de la cultura física durante el día que, al llegar la noche, va a su casa, se acuesta... y se convierte en un corcho. Un nuevo tipo de mujeres que yo llamo «Las inapetentes del amor». (Oscuro y mutación.)

Telón corto fantástico, en el que el pintor debe mezclar, graciosamente combinados, motivos madrileños chulescos con otros deportistas.

MUSICA - NUMERO 2

(LA CAMPEONA—vedette—y LAS COTILLAS—segundas tiple—. A la primera letra sale la Vedette, una chula de lo más deportiva. A la segunda letra llegan

las vicetiples. Trajes arrevistados: los pechos son raquetas de tenis, viseras de jugar a este deporte en la cabeza y, como contraste, pañolillos de flecos sobre los hombros. Terminado el número, oscuro y mutación, volviendo a aparecer el decorado del cuadro.)

Hablado

(En escena ARTEMIA, VENTUROSO y UBALDO.)

- VENTU. Pues como sea cierto lo que usted dice mañana mismo le doy de baja en el Canoe.
- ARTE. No le quepa duda. (Dentro, en la calle, se oye gran algarabía, aplausos y vivas al campeón.)
- UBAL. ¿Qué pasa?
- ARTE. A ver. (Los tres corren hacia la puerta de la calle.) ¡Oh! Pero si es mi cliente, el del campeonato del Circo.
- UBAL. Se conoce que ha ganado, porque le ovacionan.
- VENTU. Pero viene en un estado desastroso.
- ARTE. Figúrese, se ha llevado mes y medio bailando. Y sin dormir seguido más de quince minutos por cada hora.
- UBAL. Así acaban, que dan compasión.
- VENTU. ¡Rediez, qué avalancha! (En efecto, a la puerta llega un numeroso grupo de hombres y mujeres que ovacionan con entusiasmo al héroe del campeonato.)
- UNO ¡Viva el campeón de resistencia de baile 1934!
- TODOS ¡Viva! (Y entre vivas y aplausos llega EPIFANIO LARRATA, apoyado en dos admiradores que le traen casi a rastras. Epifanio denota en su aspecto el esfuerzo realizado. Viste un jersey blanco y sucio; pantalón de campana, en una de cuyas perneras lleva cosido, marcado en tela blanca, un número 7 bien visible; en la otra pernera ostenta un roto de regular tamaño. Viene ojeroso, despeinado, con un gesto soñoliento que conserva durante todo el cuadro. Al entrar ve a Artemia y se postra de hinojos ante ella.)
- EPI. ¡Oh, mi providencia!
- ARTE. ¡Amigo Larrata! No haberse molestado...
- EPI. Doña Artemia benemérita, mi deber y mi

- deseo es ofrecer a usted el premio de mi esfuerzo antes que a nadie.
- ARTE. Estará usted rendido. Ha debido usted irse a la cama.
- EPI. ¿A la cama sin usted?
- ARTE. ¿Cómo?
- EPI. Sin verla a usted quiero decir. ¡Oh, no!
- UNO ¡Viva el campeón de resistencia!
- TODOS ¡Viva!
- UNO Bueno, pues descansar y enhorabuena. (Van-se los admiradores dando enhorabuena. En escena, ARTEMIA, EPIFANIO, VENTUROSO y UBALDO.)
- UBAL. (Preparando una silla.) Siéntese, amigo Epifanio.
- EPI. (Que está medio atontado.) ¡Ah!, ¿sí?... ¿Dónde? (Empieza a andar por escena, describiendo circunferencias de un lado para otro.)
- ARTE. Aquí, hombre.
- EPI. ¡Ah, sí! (Ve la silla que le preparan y para ir a ella vuelve a describir círculos.) Perdonen ustedes, pero es que llevo mes y medio dando vueltas a la pista del Circo y ná... que se me ha olvidao andar tó derecho. (Otro círculo.) ¡Ay, mi tía, que se me ha estropeao la dirección!
- ARTE. ¡Pobre hombre! Venga acá. (Le coge y, por fin, le sienta cerca del mostrador.) ¡Qué esfuerzo más inaudito el suyo!
- VENTU. Como que lo que debe hacer es irse a dormir.
- EPI. En seguida, sí señor. En cuanto descanse un poco de la paliza que me han dao los admiradores que me han traído.
- ARTE. (En plan de discurso.) Vean ustedes este símbolo del agradecimiento. Destrozado, hecho polvo, viene a ofrendar su galardón a la mano que tantas veces le salvó.
- UBAL. Verdad, doña Artemia.
- ARTE. Claro que yo le he librado de una de cadenas de cárcel...
- VENTU. (Mosca.) ¡Ah!, ¿sí?... ¿Pero este hombre?...
- ARTE. No es un delincuente en realidad, sino un enfermo. Padece cleptomanía, deseos imperiosos de robar.
- VENTU. ¡Caracoles!
- ARTE. No, no tema nada. Ya está muy corregido.

- ¿Verdad, Epifanio? (Se vuelve a hablarle, pero éste, con el brazo apoyado sobre el mostrador, ronca como un bendito.) ¡Se ha dormido!
- VENTU. Rediez, pues pa despertarle va a hacer falta una explosión de dinamita. (En este momento, se oye dentro la música de la pianola del bar, como al principio del cuadro. Epifanio despierta y, rápido, como movido por un resorte, se levanta, se agarra a Artemia y se lía a bailar, girando velozmente.)
- ARTE. ¡Epifanio!
- VENTU. (A Ubaldo.) ¡Que pare esa pianola!
- UBAL. (Hace señas desde la puerta hacia la calle y, a poco, cesa de tocar la pianola.)
- EPI. (Soltándose, medio atontado.) ¡Oh, mi bienhechoral... Es que me creí que estaba aún en el Circo. ¿Y la silla?... ¡Ah, sí! (Y se va a sentar, describiendo las consabidas circunferencias.)
- UBAL. Este gachó no va a poder pasear más que por la Plaza de Oriente, alrededor de las estatuas.
- VENTU. Pero que no se duerma aquí, que vendrán parroquianos. (Epifanio ronca de nuevo.)
- ARTE. (Como iluminada, de repente.) ¡No! ¡Quieto! ¡Déjete! ¡Oh, qué idea! Este hombre... ¡Este hombre puede ser la solución del conflicto! ¿Cómo?
- UBAL. ¡Oh! ¡Eureka! ¡Eureka! Porque no hay duda, amigo Venturoso: *similia similibus curantur*.
- VENTU. Por mí... *dominus vobiscum*. Pero ¿me quíe usted decir?...
- ARTE. No, aquí, no. Vamos dentro y se lo explicaré. (A Ubaldo.) Y este hombre que no se vaya..., ¡que no se vaya! (Al Mutis por la derecha.) ¡Oh, qué idea! Pero ¿cómo será posible que tenga yo este talento? ¡Pobre Sánchez Román! (Vase, y detrás Venturoso.)
- UBAL. (Despertando a Epifanio con grandes voces.) ¡Eh, amigo Epifanio! (Este se agarra a Ubaldo y se lía a bailar con él.) Que dice doña Artemia que se quede usted aquí hasta nueva orden.
- EPI. Pero ¿no me puedo ir a dormir?
- UBAL. Por ahora, no.
- EPI. Pero, por favor, que acabén pronto, que tengo que ir a cobrar el premio. Y, además,

me están buscando unas muchachas para que les sirva de pareja en un campeonato análogo que va a celebrarse en Lisboa.

UBAL. Se lo diré, amigo Epifanio. (Vase por la derecha.)

EPI. Daré unos paseos para no quedarme roque. (Lo hace describiendo circunferencias.) Ná, que no puedo andar en línea recta... Me voy a quitar este siete que ya no me sirve. (Se arranca el trapo con el número 7 que lleva en una pernera. Fijándose en el roto de la otra.) El que no tiene arreglo es este otro siete. (Pasea y, de repente, se fija en los objetos que hay sobre el mostrador.) Y me han dejao solo. Esto, pa un enfermo de robo como yo, es ponerle a uno en el disparadero. (Empieza a manosear los objetos.) No, Epifanio, no, que tienes que curarte de este vicio. (Se guarda un sostén impensadamente.) ¡Que no, he dicho! (Se guarda más cosas.) ¡Que hay que tener fuerza de voluntad, Epifanio! (Sigue «choriceando» lo que puede. Por la puerta de la calle aparece PAULA, una buena «gachí», bastante achulada. Desde fuera mira el rótulo de la tienda, entra y consulta la sección de anuncios de «El Liberal».)

PAULA. Las buenas formas. Indudablemente este es el sitio. El tío ese que ha ido a verme me ha dicho que aquí de lo que se trata es de dejarse querer por un socio que hace falta que adore a una casada, no sé pa qué. Bueno, por mí... Con tal de que todo se haga con disimulo y de que no se entere mi Severiano... (Sorprende a Epifanio guardándose objetos.) Aquí hay un dependiente. ¿Será el individuo en cuestión?

EPI. (Al reparar en Paula.) ¡Me ha pillao en plena faena!

PAULA. Oiga, joven, ¿usté es de la casa?

EPI. (Azoradísimo, sin saber qué decir.) ¿Yo?... Sí... Claro... (Con tonillo cómico de pregón.) Mire, señora, en este departamento todo a cuatro pesetas, precedente de una liquidación, precedente de un robo, precedente de un fuego...

PAULA. No, si yo lo que vengo buscando es a un

- caballero que necesita... ¿Cómo lo diría yo?... Que necesita un mujer para—¡vamos!— para que sea su «parejita»...
- EPI. ¿Su pareja? (¡Ya está! Esta es de las que vienen a buscarme para el campeonato de baile de Lisboa.) Señorita, está usted hablando con el interesao.
- PAULA ¡Ah! ¿Es usted? Pues... (Coqueta.) usted verá lo que quiere hacer conmigo.
- EPI. Primero, a ver si nos entendemos. Ya sabrá usted que tenemos que irnos a Lisboa.
- PAULA ¿A Lisboa? Pero si me habían dicho que era sin salir de Madrid. Cosa de un par de días.
- EPI. Ná de eso. Es en Lisboa y durante mes y medio.
- PAULA ¿Mes y medio? Pero... ¿tós los días vamos a?...
- EPI. Pues claro. Tós los días y todas las noches... y sin parar.
- PAULA (Aterrada.) ¿Sin parar? (¡Mi abuela!)
- EPI. No descansaremos más que quince minutos cada hora. Y los últimos días menos aún. ¿Usted resiste bien el sueño?
- PAULA Yo no sé. ¡En esas condiciones!
- EPI. Bueno, en último caso, usted se abraza a mí, se duerme... y yo sigo el movimiento sin parar.
- PAULA Pero... ¡conmigo dormida!
- EPI. Es lo mismo. Ya está uno acostumbrao.
- PAULA ¡Qué bárbaro!
- EPI. No ve usted que como no nos dejarán estar paraos...
- PAULA ¿Quiénes?
- EPI. Toma, los del Juraos.
- PAULA (Sorprendidísima.) ¡Ah! Pero ¿es ante un Juraos?
- EPI. (¡Esta mujer es la tonta del higo!) Pues claro. Y dan un premio de resistencia al que más aguante.
- PAULA (No lo había oído en mi vida.)
- EPI. Claro que si usted no aguanta hasta el final se retira cuando quiera... y yo sigo.
- PAULA ¿Con quién? ¿Con otra mujer?
- EPI. O con un hombre.
- PAULA ¡¡¡Eh!!!

- EPI. Claro que sin bailar. Ná más que pa ayudarnos a no estar paraos. (Bosteza.) ¡Y que no se me quita el sueño!
- PAULA Bueno, supongó que eso estará muy bien pagao.
- EPI. Depende de los días que usted resista. Pero, permítame, a ver si la puedo llevar a usted fácilmente. Nos pondríamos así. (En posición de baile, poniéndole las manos en los hombros.)
- PAULA ¿Así? (Mirando la distancia que media entre los dos.) ¡No me lo explico!
- EPI. O si no, así. (Se ciñe más. Mirándola el busto.) ¡Rediez, qué cama turca más deliciosa! (Apoya la cabeza sobre ella y se duerme.)
- PAULA Oiga, ¿es que necesita usté media hora pa probar? (Por donde se fué sale CRISANTO.)
- CRISAN. ¡Caray! De salú sirva. ¡Qué frescos!
- PAULA (A Epifanio, zarandeándole.) ¡Oiga, caballero, que nos están viendo! ¡Por favor, caballero!
- EPI. ¡Pero, oiga usté! (Lo arroja lejos de un empujón.) (Ná, que no me dejan echar una cabezadita.)
- CRISAN. Bueno, y ustedes ¿qué quieren?
- PAULA Yo he venido por un anuncio que han puesto ustedes en «El Liberal».
- CRISAN. (Con las del veri.) ¡Hombre!, ¿usted es otra casada?
- PAULA Sí, claro, casada.
- CRISAN. Y el señor debe ser algún vivalés.
- EPI. (Muy digno.) ¿Cómo vivalés? ¡Yo soy un campeón! ¡¡Ah!! (Se apoya en la pared en actitud gallarda y, a poco, se duerme en esa postura.)
- CRISAN. (Encarándose con Paula.) El del anuncio soy yo y no pienso dejarme seducir por mujeres desaprensivas y mercenarias como usted. (Chillando.) Yo tengo novia—¿se entera?—tengo novia, y las demás... ipiscis!
- PAULA ¡Oiga, pollo litri!
- CRISAN. Tengo novia y la quiero.
- PAULA Pues, hijo, guárdela en conserva. Y conste que yo no soy infiel a mi marido porque no le tengo. Venía por sí colaba. Pero ahora se las entenderá con mi Severiano, a ver si le insulta como a mí..., ¡so gallina! En esta casa están chalaos. (Vase a la calle indignada.)

- CRISAN. ¡A mí casadas! (Mirando a Epifanio.) Y este tío, ¿quién será? (Por la derecha viene UBALDO.)
- UBAL. ¡Epifanio! Rediez, si se ha dormido de pie. (Gritándole.) ¡¡Epifanio!!
- EPI. (Despierta sobresaltado.) ¿Qué? ¿Me puedo ir a dormir ya?
- UBAL. No, hombre; que pases, que tienen que hablar contigo muy detenidamente.
- CRISAN. (Con desprecio.) (Ya decía yo. Es de la trinca de mi tío. ¡Puaf!) (Vase por la derecha. Detrás se dispone a salir Ubaldo.)
- EPI. (Va a hacer mutis, siempre describiendo círculos al andar. De repente, observa que del bolsillo del pantalón le sale una cinta y dice:) ¡Arrea, que se me ve el sostén!
- UBAL. (Se vuelve extrañado.) ¿Cómo?
- EPI. Ná, hombre: cosas del insomnio. (Mutis de ambos.)
- GREGO. (Por la izquierda.) Bueno, hay que ver la de combinaciones que debe estar ideando don Venturoso para que el chico se arregle con una casada. Y él como si nada. Claro, está enamorado perdido de la manicura esa que, por cierto, no sé cómo no ha venido ya a verle. (Mirando hacia la calle.) ¡Digo! Ahí está. Y seguida de ese bailarín sordo-mudo que le hace el amor. Voy a entretener a Crisanto porque, como vea al pollo, hay aquí una tragedia. (Mutis derecha.)

MUSICA - NUMERO 3

(AZUCENA y el POLLO. Duetto. Ella viste traje estilizado de calle. Trae en la mano un coquetón estuche de manicura. La sigue el Pollo sordomudo—bailarín—, tipo ridículo de pollo pera. Durante el número Azucena lo canta todo, pues él se limita a expresar con el gesto y con el baile lo que no puede decirle con los labios.)

Hablado

- AZUCE. Le he dicho a usted que no me moleste más. Estoy comprometida y soy una muchacha decente.

- POLLO Um, um, um... (Hace gestos como si quisiera decirle algo.)
- AZUCE. Además, ¿qué hago yo con un mudo? (Siguen discutiendo, él siempre gesticulando mucho.)
- CRISAN. (Dentro.) ¡Déjame! Eso es que la sigue alguno. (Sale furioso, por la derecha, seguido de GREGORIA que le contiene.)
- GREGO. Pero si no es nada.
- CRISAN. ¡Ah! ¿Tú? ¡Y haciéndole cara a este hombre!
- AZUCE. Crisantito, yo te juro...
- CRISAN. ¡Basta! (Encarándose con el pollo.) ¿Qué pretende usted? ¿Eh?
- POLLO (Hace unas piruetas graciosas indicando que aquella mujer está jamón.)
- CRISAN. Pues esa mujer es cosa mía. ¿Lo oye usted? ¡Mía!
- GREGO. No te molestes que es sordomudo.
- CRISAN. Pues, aunque sea una tapia, me va a oír. (Chillándole.) ¡Que es mi novia! (El mudo hace unas claquetas enérgicas, molesto por la actitud de Crisanto, que le sigue chillando al oído.) ¡Y como es mi novia no tolero que nadie!...
- AZUCE. (Que le chilla por el otro oído.) ¡Diga usted que es un celoso incorregible que me tiene mártir!
- CRISAN. (Lo mismo.) Porque no tolero que nadie se ría de mí. ¡Porque al que se ría le parto la cabeza!
- AZUCE. (Gritándole a la vez que Crisanto.) ¡Diga usted que nadie se ríe de él, porque yo soy una mujer honrada!
- GREGO. (Como los otros, chillando también al mudo a la vez que ellos.) ¡No les haga usted caso, que siempre están lo mismo! (Siguen todos chillando en los oídos del Pollo, hasta que éste da unos saltos, terriblemente amenazador, y los tres huyen un poco asustados.)
- CRISAN. ¡Demonio!
- AZUCE. ¡Ay!
- POLLO (Les dice por señas que allí no hay más flamenco que él. Luego va, en son de reto, hacia Crisanto, siempre bailando, y al llegar junto a él le pisa un pie. Después vuelve, sin dejar su baile, hacia Azucena, a quien in-

- dica con gestos que le ha prendado. Y, por fin, hace mutis con unas «claquets» graciosas.)
- CRISAN. (Galleando.) ¡Pero este fresco! (A Azucena.) Eres una coqueta incorregible.
- AZUCE. Pero, Crisantito, ¿yo qué culpa tengo de que me sigan, de que se enamoren de mí? Ahora mismo me acaba de decir un otoñal: «¡está usted para el «desmochen», joven-cita!» Oye, ¿qué es el desmochen?
- CRISAN. Pues... la... Ya te lo explicaré prácticamente cuando nos casemos.
- AZUCE. ¡Ay, sí!... Mi amiga Chuchí, que está recién casada, me ha contado unas cosas del matrimonio. Oye, ¿tú me vas a hacer lo mismo?
- CRISAN. Hombre, yo no sé... Creo que muy parecido.
- AZUCE. ¡Ay, qué bárbaro!
- CRISAN. Oye, oye, ¿pero qué...? (Arrepintiéndose de lo que iba a preguntar.) Lo que te advierto es que no te tolero que te retrases como hoy.
- AZUCE. Es que los jueves hay más clientela.
- CRISAN. ¡Le tengo un odio a tu profesión de manicura!
- AZUCE. Yo también estoy deseando dejarla. Porque es que se me declaran una de hombres mientras les hago las manos. Ayer me dijo un bárbaro una cosa que no la entendí..., ¡pero me puse más colorada!
- CRISAN. Pero si no la entendiste, ¿por qué te pusiste colorada?
- AZUCE. ¡Ay, hombre, es que aunque una no la entienda sabe lo que es perfectamente!... Para disimular, le dije que me lo explicara.
- CRISAN. Azucena, esto, no; no quiero que sigas de manicura un día más. Nos casaremos en seguida. (Se abrazan.) Nada nos separará ya, pase lo que pase, venga quien venga... (En este momento, por la derecha, aparece VENTUROSO, seguido de UBALDO.)
- VENTU. ¡Repámpano! ¡Ay, tu abuela! (Requiere la vara de medir de antes.)
- CRISAN. (Separándose rápidamente de Azucena.) ¡Mi tío!
- AZUCE. (Huye.) ¡Qué vergüenza!
- VENTU. (A Ubaldo.) ¿Estás viendo? Esto lo arreglo

- yo en dos minutos. (Se encara con Crisanto.)
¿De modo que tú eras el casto, el puro, el atontao?
- GREGO. ¡Don Venturoso!
VENTU. (Feroz.) ¡Callarse! Aquí no pasa nada ya. ¿Quién es esa mujer?
- CRISAN. ¡Mi novia!
VENTU. ¿Es casada?
AZUCE. (Protestando.) ¡Caballero!
VENTU. Pues a la calle.
CRISAN. ¡No! Es mi futura esposa. La quiero. Y cuando se quiere a la que va a ser su esposa no hay quien la separe del que será su esposo, porque yo seré su esposo, sí, señor, y ella será mi esposa, y como vamos a ser esposos...
- UBAL. (Tapándole la boca.) Crisanto, rico, que te repites de una forma...
- VENTU. (Decidido.) Bueno, esto lo arreglo yo en un santiamén. (Va a abalanzarse sobre Crisanto con la vara en alto, a tiempo que aparece ARTEMIA, por la derecha, con gesto dramático.)
- ARTE. ¡No! Detenga su brazo, don Venturoso; reserve su iracundia... y envaine la estaca.
¿Eh?
- TODOS
ARTE. (Siempre declamatoria.) Contra el amor no valen amenazas, contra el amor no influyen los insultos. Matrimonio es *conyuncio maris et fémine*. ¡Y para que haya *conyuncio* tiene que haber amor!
- VENTU. (Haciendo la farsa muy mal, con un tonillo declamatorio de la peor especie.) Pero, ¿y su porvenir, y su fortuna? (Guiña un ojo a Ubaldo.) (¿Eh?)
- UBAL. (Felicitándole.) ¡Muy bien, muy bien!
ARTE. ¿Qué importa la fortuna? (A Crisanto y Azucena.) ¿Verdad, jóvenes? Se aman... y *pax vobis*. Son pobres, tendrán que trabajar; pasarán hambre, miseria; frío en las heladas noches invernales, calor en las estivales y en las otoñales... ni frío ni calor. (Esto último lo dice muy natural, en contraste con el tono dramático de lo anterior.)
- UBAL. (A Venturoso.) ¡Qué cómica tan grande!
VENTU. (Bueno, es que lo hace pa la ovación.)
ARTE. ¿Qué creía usted, Don Venturoso, que esta

- muchacha se iba a dejar arrebatar su amor por «cincuenta mil cochinos duros»?
- AZUCE. (Impresionada por la cifra.) No. Yo cochinos no he dicho, ¿eh?
- CRISAN. Pero yo, sí.
- ARTE. (Continuando en su farsa, no sin antes dirigir una mirada de inteligencia a Venturoso y Ubaldo.) ¿Qué le importa a ella tener pieles, joyas, automóviles, «tualés» despampanantes?
- AZUCE. ¡Ay, Crisanto! Pero... ¿yo tendría todo eso?
- ARTE. ¿Y él? ¿Qué me dicen ustedes de él?
- CRISAN. (Arrea, ahora la toma conmigo!)
- ARTE. ¡El! ¡Se niega a caer en brazos de otra mujer!... Y usted, don Venturoso, ¿qué dice a esto? (Subiendo en el tono dramático.) Mírelos abrazados, anhelantes... ¡Es el amor!... Conteste.
- UBAL. (Animándole.) ¡Anda, hombre!
- VENTU. (Que quiere también entrar en situación, pero lo hace muy mal.) ¡No puedo! ¡Las lágrimas me ahogan!
- CRISAN. (Suplicante.) ¡Tío!
- VENTU. (En un arranque.) ¡Que se casen! ¡Que sean felices! ¡Yo renuncio a todo! (Finge llorar.) Yo os bendigo. (Hace unos signos en el aire.) *Pulvis eris.*
- UBAL. (A Venturoso.) (Chico, lo has hecho que ni Rambal.)
- VENTU. (A ver si nos falla el truco y mato a la abogada.)
- AZUCE. (De pronto da un grito y dice enérgica.) ¡No! ¡No será! ¡Y no será!
- CRISAN. ¡Azucena!
- TODOS. ¿Eh?
- AZUCE. ¡Que no! Que no me caso contigo sin cobrar ese dinero. No es por el interés..., ¡que conste!
- TODOS. ¡Hombre, claro, claro!...
- AZUCE. Pero no tengo derecho a privarte de una fortuna. Luego te arrepentirías... (Animándole.) Yo creo, Crisantito, que debes... Al fin y al cabo...
- CRISAN. ¡Azucena! ¿Qué dices?
- AZUCE. Total, por una vez... (A los demás, que no cesan

- de hacerse señas unos a otros como diciendo: «nos vamos a salir con la nuestra.») ¿Verdad?
- CRISAN. (Muy apurado.) Pero si es que no... que no puedo.
- TODOS ¿Eh?
- CRISAN. La verdad, con otra... imposible. Llega el momento, me acuerdo de ti, de tu amor... ¡y nada!
- VENTU. ¡Mi madre, de esto no había habido!... ¿Y con ella, rico?
- CRISAN. Con ella todo, tío.
- ARTE. Pues entonces..., ¡que salga ese hombre!
- GREGO. ¡Que salga en seguida! (Señala hacia la derecha.) (Llamando desde la puerta.) ¡Eh! ¡Que salga usted! (Y surge EPIFANIO, hecho unos zorros del terrible sueño que le domina.)
- EPI. ¿Me puedo ir a dormir ya?
- ARTE. De ninguna manera. (A Azucena, señalando a Epifanio.) Señorita, este es su esposo.
- TODOS ¿Cómo?
- ARTE. Un esposo ante la ley nada más. Un esposo «de boquilla», que al llegar la noche duerme en la carbonera. ¿Comprenden?
- EPI. ¡Hombre..., yo en la carbonera!
- ARTE. Y como usted (Azucena) será ya una mujer casada, viene éste (Crisanto), delinque con usted, se cumple la cláusula del testamento... y a cobrar. Luego el divorcio y a ser felices. ¿Eh?
- VENTU. ¡Qué talentazo de mujer!
- CRISAN. Pero yo no quiero.
- AZUCE. (Mimoso) Sí, Crisantito, acepta. ¡Si va a dormir en la carbonera, tonto!
- EPI. Bueno, pero yo, ¿con quién me caso?
- ARTE. (Señalando a Azucena.) Con ésta. Pero solo *in nómine*.
- EPI. En donde sea. Voy a abrazarla.
- CRISAN. (Interponiéndose.) ¡Límpiese!
- EPI. Con mucho gusto. (Al ir a sacar el pañuelo del bolsillo caen al suelo varias cucharillas.)
- ARTE. ¡Epifanio!
- VENTU. ¡Valiente aprovecha! (Las recogen.)
- EPI. Ná, que no tengo remedio. Soy un enfermo. (Los personajes forman grupos, hablando unos con otros. Por la puerta de la calle aparece SEVE-

- RIANO, un tío muy chulo y portador de un respetable bastón.)
- SEVE. (Aquí es donde han insultao a mi Paula. A ver si ahora se atreven conmigo.) (Da un fuerte bastonazo en el suelo y todos se vuelven.) ¡Muy buenas! ¿Saben ustés si ha estao aquí antes mi señora?
- VENTU. (Sin entenderle.) ¿Cómo dice el «Baranda»?
- SEVE. Voy a ser breve. ¿Quién es un joven que tiene novia?
- CRISAN. (¡Atiza, el socio de la casada!)
- EPI. (¡Caramba, ya lo sabe éste.) (Presentándose a él, muy fino.) Hombre, el que está pa casarse aquí soy yo.
- SEVE. ¡Ah!, ¿sí? (Moviendo el bastón.) Pues si quíe usted salir, que le tengo que dar un recaó...
- EPI. Con mucho gusto. (Esto es algún regalo de boda.) (Salen a la calle Epifanio y Severiano, oyéndose dentro, en seguida, ruido de palos, gritos y denuestos de Severiano y ayes de Epifanio.)
- CRISAN. ¡Ay, que lo mata!
- ARTE. Pero, ¿quién es? (Entra EPIFANIO con la cara llena de señales y a punto de desmayarse.)
- EPI. ¡Socorro! ¡Socorro!
- UBAL. Pero, ¿le ha pegao?
- EPI. Un garrotazo que se lo da a la Telefónica y se resiente. ¡Me caigo! ¡Cogerme!
- VENTU. (Tira de una cinta que le sale a Epifanio por el bolsillo del pantalón y aparece un sostén.) ¡Pero este tío se lleva hasta los sostenes!
- EPI. ¡Que no me lo quiten! Ahora que me estoy cayendo... es cuando más falta me hace un sostén. (Cae desvanecido. Cuadro y Telón.)

INTERMEDIO

Durante el intermedio de orquesta aparece un telón corto que representa una plana de un periódico de deportes conocido. En la parte de la izquierda se verá una caricatura de Epifanio, con el mismo indumento que sacó en el cuadro primero, y en la parte de la derecha el siguiente pie:

«He aquí a Epifanio Larrata y Bonilla, campeón de resistencia de baile 1934, que hoy contrae matrimonio con una bellísima ex-manicura. La feliz pareja piensa recorrer

en su luna de miel Bailén, Wals, las costas brasileñas, las habaneras, Polkovia, Charlesteal, Chotismungen y otros lugares de la provincia de Cuenca. En su honor la V. A. G. A. (Vagabund Asotiation General Anónimo), domiciliada en Tribulete, 48, piensa organizar uno de sus más desharrapados festejos, bailando un castizo garrotín en honor del ilustre campeón. Enhorabuena a la feliz pareja.»

Una vez que el público haya leído este pie, oscuro y mutación.

CUADRO SEGUNDO

Un rincón, a todo foro, de los suburbios madrileños en las barriadas extremas. Chozas misérrimas, dos gatos haciéndose el amor en los tejados, un volquete de basura conducido por un burro esquelético, un perro que olfatea en los despojos, etc, etc. Este decorado puede hacerse con trastos puestos ante el telón de foro o cortina. Es gracioso que durante el número de música el burro, el perro y los gatos muevan el rabo y levanten las patas, haciendo como bailan. Este cuadro debe hacerse a media luz.

MUSICA - NUMERO 4

(VAGABUNDO 1.^o—vedette—y VAGABUNDOS —segundas tiple—. Trajes estilizados de golfillos para cantar y bailar el garrotín. Terminado el número, Telón.)

CUADRO TERCERO

Telón corto que representa un campo de aviación, en el que se ve, junto a los hangares, algún avión que acaba de aterrizar. Es de día, a pleno sol.

(Por la izquierda sale UBALDO. Cruza la escena rápido y mira con avidez a la lateral derecha.)

UBAL.

¡Ah, sí! Allí está preparao el aparato. Bueno, ¡la que se ha armao! ¡Qué bodita! (Al público.) Dos novios—vamos a llamarles

así —, Epifanio y Azucena, que salen del Juzgao casaos. Una mujer mal vestida y greñosa que espera en la puerta. Un grito de la mujer: — «¡Ah, granuja! ¿Te has casao? ¿Y mis ahorritos?...» Un frasco con un líquido corrosivo que aparece en sus manos. Carreras, desmayos, la gente que se arremolina, los guardias que no vienen y la huida que se hace necesaria. El susto ha sido como para aterrorizar a un sargento del Tercio. (Por la derecha viene ARTEMIA presurosa. Viste elegante traje de aviadora.)

ARTE. ¿Pero no han llegado aún los contrayentes, amigo Ubaldo?

UBAL. Yo creo que no tardarán, porque la situación no es como para entretenerse en cosas «baladises».

ARTE. Este Epifanio es cosa perdida. Por poco nos busca una tragedia squiliana con aquella mujer.

UBAL. ¿La de la puerta del Juzgao?

ARTE. Resulta que es la pareja de baile que él ha tenido hasta el final del campeonato. Y en el mes y medio que han estado juntos la ha hecho el amor, la ha dado palabra de matrimonio... y la ha sacado seiscientas pesetas que la pobre mujer tenía ahorradas. ¡Y eso mientras se caía de sueño en la pistola... Este hombre con la cabeza despejada debe ser un genio... ¿Y cómo usted con ese traje, Doña Artemia?

ARTE. ¿No sabía usted que yo soy aviadora? Tengo el título de piloto. Y mi hermana también. Caprichos de nuestro padre.

UBAL. ¿Pilota usted y pilota su hermana? Pues tienen ustedes un papá con dos... aviadoras en casa. ¡Qué bien! (Se oye dentro la bocina de un automóvil.)

ARTE. ¡Ellos! Ya están aquí los novios. (En efecto, por la izquierda aparecen AZUCENA y EPIFANIO, aquella vistiendo un traje de novia despampanante, y éste hecho una facha con un traje de frac que se ve a todas luces que es de una persona mucho mayor que él. Los faldones del frac le llegan casi al suelo, los pantalones le arrastran, la chistera se le cuelga hasta las

- orejas y, para colmo, se ha puesto en la solapa una magnífica rama de azahar.)
- EPI. (Sale corriendo y tirando de Azucena.) ¡Arrea, chata, que esa burra nos ha seguido!
- AZUCE. No puedo correr más.
- ARTE. Pero, ¿y los otros?
- AZUCE. Se han quedado rezagados. Hay que esperarlos.
- ARTE. Pues en cuanto vengan, al avión.
- EPI. ¿Cómo al avión? Pero ¿yo de pájaro silvestre? ¿No habíamos quedao en que el viaje era en un tren?
- ARTE. Usted hace lo que yo le diga... y *finis*.
- EPI. Todo lo *finis* que usted quiera, pero yo no *volo*. Prefiero aunque sea un carrito de mano, que se llega más tarde, pero se llega más fijo que la luz.
- CRISAN. (Dentro.) ¡Azucenita! ¡Azucena!
- EPI. El novio de mi mujer.
- AZUCE. ¡Crisanto! ¡Amor mío! (Por la izquierda llegan corriendo CRISANTO y VENTUROSO.)
- CRISAN. (Abrazando a Azucena.) ¡Mi vida! Te vas..., te vas con ese. (Por Epifanio.) Mucho ojo. Que no te toque, que no te coja del brazo, que no te mire siquiera.
- AZUCE. Descuida, Crisantito.
- EPI. No tenga uste miedo que hasta durmiendo la volveré la espalda.
- CRISAN. ¡No! ¡Dormir con ella, no, sinvergüenza!
- EPI. ¡Pues no faltaba más!
- ARTE. Ni hablar de eso.
- EPI. Les advierto que sería igual, porque yo soy un completo caballero.
- ARTE. Pues por eso precisamente. Voy a preparar el avión. (Vase por la derecha. Azucena y Crisanto hablan y se hacen mimos.)
- VENTU. (A Epifanio.) Hombre, y a ver si me cuida usted el *fraque*, que es recuerdo de familia.
- EPI. Por favor, Don Venturoso; a mí cuando se me dan recuerdos de familia los agradezco y los cuido. Lo único malo es que de vez en cuando me piso los faldones. (A Ubaldo, por el ramo de azahar que lleva.) Y ¿se ha fijao en el detalle?
- UBAL. Pero ¿usted con azahar?

- EPI. Pa que se note que, aunque me he casao, soy soltero.
- UBAL. Pero ¿lo lleva usted con razón?
- EPI. ¡Hombre, a mí que me registren!
- ARTE. (Saliendo.) ¡Vamos! ¡Al avión los novios!
- EPI. Doña Artemia, ¿yo me podré bajar en cuanto me maree?
- ARTE. Usted si se marea se chincha. ¡Vamos! ¡De prisa! (Vase derecha.)
- CRISAN. Déjenos usted despedirnos. (Lloroso a Azucena.) ¡Vida!
- AZUCE. ¡Alma!
- CRISAN. ¡Cielo!
- AZUCE. ¡Rico! (Se abrazan y se besan.)
- EPI. (Lo que es la vida: si a mí me dicen que yo voy a contemplar a mi mujer despedirse así del novio mato a uno. Y, sin embargo, aquí estoy, de camarero y tan fresco.)
- UBAL. (Que está mirando hacia la derecha.) Vamos, que el avión espera.
- EPI. (Arrancando a Azucena de los brazos de Crisanto.) Pero ¿quiere usted dejar ya a mi señora, hombre? (Se lleva a Azucena a viva fuerza por la derecha.)
- CRISAN. (Muy apurado.) ¡Ay, tío, que yo no sé si este hombre es de fiar!
- VENTU. Descuida. Además que ella...
- CRISAN. Es que ella es menos de fiar; porque, ¡como se la antoje que la explique algo!
- VENTU. No te preocupes, hombre. Mañana salimos nosotros pa el pueblo, ellos están allí ya, tú te entrevistas con Azucena... y asunto concluido.
- UBAL. Ya se eleva el aparato.
- LOS TRES. (Sacan los pañuelos y saludan a la altura.) ¡Adiós! ¡Adiós! (Oscuro y mutación.)

CUADRO CUARTO

A medio foro, el avión en pleno vuelo. Naturalmente este avión es un trasto practicable, capaz para tres personas. Rompimientos de nubes.

(Al aparecer el cuadro ARTEMIA va en el asiento de delante y simula conducir el avión. En el asiento de

en medio, EPIFANIO, que ya presenta síntomas inequívocos de mareo. Y, por último, en el asiento de cola vemos a AZUCENA que muy contenta mira hacia abajo y saluda con un pañuelo. Como durante este cuadro suena el ruido del motor, o, por lo menos se simula muy suavemente en la orquesta, los personajes hablan a grito pelado.)

- AZUCE. ¡Ay, qué bonito! Allí está Crisanto y don Venturoso. ¡Adiós, adiós!
- EPI. (Mareadísimo.) ¡Que paren! (Le da una arcada.) Que paren que yo no sigo en este chisme. ¡Caray!, pero ¿por qué damos tantas vueltas? (Otra arcada, y, en un movimiento brusco del avión, medio abraza a Azucena.)
- AZUCE. No me abraza usted.
- EPI. ¿Cómo?
- AZUCE. (A gritos.) ¡Que no me abraza usted!... Claro que yo comprendo que voy algo provocativa.
- EPI. Yo dentro de poco iré más que usted. (Otra arcada. Pausa. Artemia hace unos gestos raros, como de inquietud.)
- AZUCE. Otra vez pasamos por encima de ellos. ¡Adiós, adiós!
- EPI. ¿Otra vuelta? ¡Ay, mi tía, que no salimos del mismo sitio! (Inclinándose hacia Artemia pregunta.) ¿Pasa algo?
- ARTE. Que se me ha agarrutado la dirección y no puedo ir derecha.
- EPI. ¡Ay, que este avión ha estao también en el campeonato de baile!
- AZUCE. (A Epifanio.) ¿Qué ocurre?
- EPI. Que nos hemos montao en un tío vivo aéreo.
- AZUCE. ¡Qué miedo!
- EPI. (Cada vez más asustado.) ¡Ay, que esta tía loca nos va a convertir en una tortilla! (Artemia hace señales de inquietud, llamando con la mano.) ¿Qué pasa?
- ARTE. Vamos perdiendo gasolina. El depósito tiene un agujero atrás y se sale.
- EPI. ¡Mi abuela! ¡Ahora es cuando me apeo! (Intenta saltar del avión sacando una pierna fuera de éste.)

- AZUCE. (Sujetándole.) ¡No, por favor!... ¿Qué le ha dicho?
- EPI. Que tiene un agujero atrás.
- AZUCE. No diga usted tonterías. (Artemia vuelve a llamar con la mano. Los dos se inclinan hacia ella para escuchar mejor.)
- ARTE. Hay que aligerar peso. Tiren lo que pese, incluso la ropa.
- EPI. ¡Ay, que esto se pone muy malo! (Empieza a sacarse cosas de los bolsillos.)
- AZUCE. (Llorosa, desnudándose.) ¡Señor Epifanio, que yo creo que nos caemos!
- EPI. (Tirando un tintero.) Ahí va. ¡Qué pena! Un recuerdo que había cogido en el Juzgao. (Tira también unos pañuelos y el frac.) No dirá don Venturoso que no le devuelvo pronto el frac. Se lo devuelvo volando.
- AZUCE. (Que ya ha tirado el velo de novia y algunas prendas más.) ¡No mire usted, que me da vergüenza!
- EPI. ¡Amos, anda! ¡Déjeme en paz ahora! (Saca una llave muy grande.) La llave de casa. (La tira y exclama acongojado.) ¡Ay, qué situación!
- AZUCE. Pero no tiemble, sea usted sereno.
- EPI. Pero ¿cómo voy a ser sereno si acabo de tirar la llave? Esto me recuerda cuando presidí una becerrada.
- ARTE. (Que les vuelve a llamar con gesto de alarma.) ¡Oiga!
- LOS DOS ¿Qué?
- ARTE. ¡Que se está desprendiendo la hélice!
- LOS DOS ¡¡¡Ay!!!
- EPI. ¡Santa Bárbara bendita! (A Azucena.) ¡Quítese usted todo! (En su azoramiento quiere tirar una bota.)
- AZUCE. ¡Ay, que bajamos! ¡Bajamos a toda mecha! (Se abraza a Epifanio.)
- EPI. ¡Socorro! ¡¡Socorro!!... ¡Santa Bárbara bendita que en el cielo estás escrita!...

(OSCURO Y MUTACIÓN RAPIDÍSIMA.)

CUADRO QUINTO

El mismo telón corto del «Cuadro tercero».

(En escena VENTUROSO, CRISANTO y UBALDO, que miran hacia arriba y siguen con la vista, girando constantemente, las vueltas que se supone va dando el avión.)

- LOS TRES (Agitando pañuelos.) ¡Adiós, adiós!...
- CRISAN. (A gritos.) ¡Azucenita, que no te toque, que no te mire!... ¡Ay, tío, yo tengo una escama terrible!
- UBAL. Esté usted tranquilo, pollo, que Epifanio es un buen hombre. Lo más que puede pasar es que, llevado de su enfermedad, la quite algo.
- CRISAN. ¡No, caracoles, que no la quite nada, que eso es lo que me preocupa!
- UBAL. (Mirando.) Pero ¿vuelven?
- VENTU. ¡Caray, si no hacen más que dar vueltas!
- CRISAN. Es verdad.
- UBAL. Filigranas de doña Artemia que quiere hacer una exhibición. (Los tres giran, sin cesar de mirar hacia arriba.)
- CRISAN. (De repente.) ¡Tío, que acaban de tirar una cosa! (Efectivamente, cae a escena, de arriba a abajo, el vestido de novia de Azucena, que recoge Crisanto.) ¡Tío! ¡Ay, qué infames! ¡El tra..., el traje de novia! ¡Se está desnudando!
- VENTU. No es posible.
- UBAL. (¡Rediez, con la socia!)
- VENTU. Es que tendrá calor. Como está más cerca del sol que nosotros. (Cae el frac.) ¡Atiza, el frac! (Lo coge.)
- CRISAN. (Aparadísimo.) ¡Y él también! ¡Ay, tío, que ese hombre nos ha engañao! ¡Que ese lleva alguna combinación! (Y cae a escena la combinación de Azucena.)
- VENTU. (Cogiéndola.) ¡La órdiga! ¡El se llevará alguna

- combinación, pero ella se ha quedao sin ninguna! (Cae una braguita.)
- UBAL. (Mostrándola.) ¡Y sin braga!
- VENTU. Pero ¿cómo es posible que en el aeroplano se arreglen pa..., vamos..., pa dártela con queso?...
- CRISAN. (Lloroso.) ¡Ay, tío, qué burla! ¡Qué golpe para mi corazón! ¡¡Qué golpe!! (Cae la llave.)
- VENTU. ¡Qué golpe me ha podido dar ese ladrón! ¡Así se agan!
- UBAL. Pues no me lo explico.
- CRISAN. Yo sí, porque ella está deseando conocer los secretos del matrimonio. Si ya me lo decían los amigos: «¡Crisanto, que esa es una insaciable!» ¡Y ustedes no saben lo peligrosas que han sido siempre las insaciables. (Se abraza a Venturoso hecho un mar de lágrimas.) ¡Ay, tío de mi vida! (Oscuro y mutación.)

CUADRO SEXTO

Primero, cortina de fantasía ante la que la vedette canta la primera parte de su canción. A su tiempo se descorre esta cortina y aparece un decorado fantástico a todo foro, en el que se ven grandes corazones sangrantes con la flecha del amor clavada en ellos. Al fondo un monumental Cupido, en posición de disparar la fatídica flecha. Otros motivos decorativos y espectaculares, a gusto del pintor.

MUSICA - NUMERO 5

(INSACIABLES — Vedette, triples y conjunto —. Gran desfile y baile de todas las figuras femeninas de la Compañía luciendo trajes fantásticos y arrevistados. Terminado el número, Telón.)

DESCANSO

CUADRO SEPTIMO

Exterior a todo foro de una magnífica granja avícola, situada en un pintoresco lugar. Puede verse en el decorado un palomar, un gallinero, algunos aperos de labranza, etc., etc. Una mesita rústica y algunas sillas. De día.

(En escena AZUCENA y EPIFANIO, con la misma indumentaria con que quedaron en el avión; es decir, él en mangas de camisa y sin un zapato, y ella en deshabillé. Están desmayados, cada uno en una silla, y los cuidan MODESTA y LORENZA, dos preciosas granjeritas.)

- MODES. (Examinando a Epifanio.) Yo creo que no se ha hecho nada grave.
- LOREÑ. Y ella tampoco.
- MODES. Lo que no me explico es cómo vendrían en el avión tan desnudos.
- AZUCE. (Suspira.) ¡Ay!
- EPI. (Se rebulle en el asiento y habla entre sueños.) ¡No! ¡Otra vuelta, no! ¡Que voy a cambiar la peseta!
- LOREN. ¿Que dice?
- EPI. Sí, la cambio. Pero no quiero la vuelta. ¡La vuelta, no!
- MODES. Desvaría.
- AZUCE. (También entre sueños.) Señor Epifanio, no me coja usted de ahí que no me gusta.
- LOREN. Es que sueñan. (Por la izquierda PETRA, otra linda granjera, con un frasquito en la mano.)
- PETRA Aquí está el éter. (Entrega el frasco a Lorenza, la cual se lo aplica a Azucena.)
- AZUCE. (Al aspirar el éter se estremece.) ¡Ay!
- EPI. (Que sigue desvariando.) ¡No! ¡Yo no quiero caerme! (Se agarra como una fiera a una pantorrilla de Modesta.)
- MODES. ¡Ay, cómo se agarra! (A Lorenza.) Trae el éter. (Se lo aplica a Epifanio, que hace unos gestos muy raros.)
- EPI. ¡BURRRR! (En su pesadilla se vuelve hacia otro lado)

- soltando la pierna que antes cogió, pero, en cambio, se agarra a otra parte más carnosa de Modesta.) ¡Ay! ¿Qué es esto?
- MODES. Éter antiespasmódico.
- EPI. ¿Es que ahora le llaman así? (Por la izquierda ARTEMIA, que sigue vistiendo traje de aviadora.)
- ARTE. Del avión es imposible salvar ni los rabos. Está ardiendo. ¿Y los contusionados?
- LOREN. Siguen desvariando.
- AZUCE. (Que se despabila un poco.) ¡Ay! ¿Dónde estoy?
- PETRA. Ahora parece que reacciona.
- ARTE. Lo mejor será llevarla adentro y que descanse un poco.
- LOREN. Nosotras la cuidaremos. (Entre Lorenza y Petra cogen a Azucena y se la llevan por la izquierda casi a rastras.)
- AZUCE. (Al mutis, todavía soñando.) Señor Epifanio, que ya no me puedo quitar más cosas. (Mutis de las tres. Quedan en escena Artemia, Modesta y Epifanio.)
- ARTE. ¡Este pobre! (Llamándole al oído.) ¡Epifanio!
- EPI. ¿Dónde me agarro yo ahora?
- MODES. No vuelve en sí. (Chillándole por el otro oído.)
- Oiga, vuelva usted, que no pasa nada!
- EPI. No vuelvo... No vuelvo a subir en un aeroplano aunque me maten.
- ARTE. No sé cómo darles las gracias por su hospitalidad. ¿Cómo se llama este sitio?
- MODES. Esto es una granja avícola en las afueras del pueblo.
- ARTE. ¿Qué pueblo?
- MODES. Villagallo.
- ARTE. ¡Ah, sí! Me suena. Aquí hay una extraordinaria producción gallinácea, ¿no?
- MODES. Sí, señora. Tenemos las gallinas a millares.
- EPI. (Que vuelve del desmayo, se echa las manos a la cabeza y abre los ojos completamente atontado.) ¿Dónde estoy?
- ARTE. Amigo Epifanio, está usted con nosotras. (Epifanio mira a las dos con un gesto extraño, como si no se diera cuenta de nada.)
- MODES. ¿Se siente usted mejor?
- EPI. (Hace más gestos y, de pronto, pega un salto y huye hacia una lateral.)
- MODES. Se ha asustado el pobre.

- ARTE. (Se acerca a él, cariñosa.) Pero, amigo Epifanio, si soy yo, doña Artemia.
- EPI. (Con cara de asombro y como si no fuera con él.) ¿Doña Artemia? (Se encoge de hombros.)
- ARTE. Sí, hombre, su amiga, su abogada.
- EPI. (Como antes.) ¿Abogada?
- MODES. Parece que no se da cuenta.
- ARTE. (Zarandeándole.) ¡Pero, Epifanio, que soy yo, Artemia!
- EPI. ¿Artemia? ¡Ah, bueno! (Vuelve a encogerse de hombros y se lía a dar paseos, mientras entona un canto monótono de lo más extravagante.)
- MODES. ¡Se ha vuelto loco!
- ARTE. ¡Cielos, qué catástrofe! Esto es un trastorno cerebral. (A Epifanio.) ¿Se nota usted algo en la cabeza?
- EPI. ¿Cabeza? (Trata de recordar.) ¿Cabeza? ¿Cabeza? (Nuevo encogimiento de hombros y vuelve a su canto monótono. Por la izquierda, LORENZA.)
- LOREN. La hemos echado y parece que se siente más aliviada.
- ARTE. Pero, en cambio, este pobrecillo... Voy a pasearle un poco, a ver si se le pasa. (Le coge de un brazo.) ¿Vamos, amigo Epifanio? (Al mutis, llevándole casi a rastras.) ¿Habré causado la desgracia de este infeliz? ¡Sería horrible! (Mutis de ambos por la izquierda.)
- MODES. (Entusiasmada.) Chica, qué suerte. ¡Un hombre!
- LOREN. Pero es recién casado.
- MODES. Eso no importa. Lo malo es que haya venido él solo. Ten en cuenta que en la granja somos tres mujeres: Petra, tú y yo.
- LOREN. Ay, hija, haremos un turno riguroso. Y si no, un sorteo.
- MODES. Pero sin prisas. Primero hay que conquistarle y convencerle.
- LOREN. De eso me encargo yo.
- MODES. Y yo. ¡No quieras ya sacarnos ventaja! (Dentro se oye la bocina de un automóvil.)
- LOREN. Un auto. ¡Y tres hombres más que bajan de él!
- MODES. Vienen hacia aquí.
- LOREN. ¿Serán parientes de los del avión?
- MODES. ¡Ay, ojalá, para que se queden con nos-

- otras! (Por la derecha entran rapidísimos VENTU-
ROSO y CRISANTO. Vienen desolados.)
- VENTU. Muy buenas. ¿Han caído aquí, verdad?
- CRISAN. ¡Todos muertos, no me lo nieguen!
- VENTU. ¿Dónde están?
- MODES. Tranquilíscense. Han caído aquí, pero no
se han matado.
- VENTU. ¿Heridos?
- CRISAN. Sí, ella herida y *gravísima*. ¡No me lo ocul-
ten!
- VENTU. No vaticines, rico.
- LOREN. La aviadora no se ha hecho nada.
- MODES. El hombre no sabemos.
- CRISAN. ¿Y ella, ella? ¡Ah, no me lo dicen! ¡Muerta,
tío, lo veo claro! ¡¡Qué desgraciado soy!!
- MODES. Que no, señor, que sólo tiene un ligero
desmayo y unas erosiones.
- CRISAN. ¡Ah, claro! ¡Coja! ¡Se ha quedado coja! ¡Y
manca y desfigurada! ¡Si lo estoy viendo!
¡¡Ay, tío!!
- VENTU. ¡Pero no oyes que no! (Por donde ellos, viene
UBALDO con toda la cara negra de humo. Trae una
maleta en la mano.)
- UBAL. ¡Hay que ver cómo me ha puesto el tubo
de escape! ¿Dónde dejo esta maleta para
Azucena?
- CRISAN. ¡Ay, señor Ubaldo, parálitica se ha quedao
en plena juventud!
- UBAL. Pero, ¿quién?
- VENTU. No le hagas caso, hombre.
- MODES. Si no tiene nada. Se lo juro a usted.
- CRISAN. Vamos, vamos a verla.
- MODES. Usted debe quedar aquí, que está dema-
siado nervioso, y no conviene proporcio-
narla una emoción fuerte después del susto
que se ha llevado la pobre.
- VENTU. Sí, hombre, espéranos. Y toma algo, que
debes estar desfallecido.
- MODES. Yo me quedaré con él. (A Lorenza.) Y tú,
acompaña a los señores.
- LOREN. (Molesta.) (Esta en cuanto puede se aprove-
cha. ¡Qué impaciente y qué... ansiosa! (Vanse
por la izquierda Lorenza, Venturoso y Ubaldo.)
- CRISAN. Por lo que más quiera, hermosa indígena,

- dígame que Azucena no se ha hecho nada, que no se ha partido ningún hueso.
- MODES. Azucena, ¿quién es? ¿La recién casada?
- CRISAN. Sí, la recién casada. ¿No tiene nada roto, verdad?
- MODES. A la vista, no señor. Pero, ¿por qué demuestra usted ese interés por una casada, cuando hay tanta soltera dispuesta...? (Se insinúa.)
- CRISAN. Sí, pero ella es tan encantadora... Y me sabe llevar el genio de una forma...
- MODES. ¡Ah! ¿Sí?
- CRISAN. En eso es maestra. Me mima, me besa...
- MODES. (¡Si yo me atreviera!) ¿De modo que un mimo así... (Le acaricia) y un beso...? (Se lo da.)
- CRISAN. ¡Eh! ¡Oiga! ¿A qué viene eso?
- MODES. Como me han encargado que le atienda mientras vuelven...
- CRISAN. A usted le han encargao que me dé el desayuno, pero nada más.
- MODES. Entonces le serviré un vaso de leche fresquísima.
- CRISAN. Si no es más que eso, aunque no tengo ganas...
- MODES. (Acariciándole.) ¡Ande! Total, chupito a chupito no cuesta trabajo.

MUSICA - NUMERO 6

MODESTA y CRISANTO, luego GRANJERAS y GRANJEROS, segundas tiples. Gran bailable con zuecos, que termina haciendo mutis todos los personajes.)

Hablado

(Por la izquierda, ARTEMIA y VENTUROSO.)

- VENTU. La verdad es que Azucena y usted han tenido suerte: ni un mal arañazo. Ahora, que al Epifanio le pasa algo mu raro.
- ARTE. Le pasa algo catastrófico, granguñolesco.

- VENTU. ¡Doña Artemia, que me asusta usté! Herida no tié ninguna.
- ARTE. Pues eso es lo malo, que no hay lesión traumática, ni contusión con hematoma, ni siquiera shok.
- VENTU. Pero, bueno, hablando con formalidad: ¿qué es lo que tiene?
- ARTE. Amnésia. Pérdida de la memoria.
- VENTU. ¿Y no se acuerda de ná?
- ARTE. De muy poco, seguramente. Y menos mal que no ha olvidado hasta el idioma, que se dan casos. Pero por lo menos es amnésia parcial.
- VENTU. Y eso, ¿es peor?
- ARTE. Por el estilo. Es una falta de memoria unida a una confusión de nombres y de hechos. Los enfermos así le llaman paraguas a un ventilador, ventilador a una mecedora, y son capaces de confundir a Gil Robles con Marcelino Domingo.
- VENTU. ¡La caraba! (Por la izquierda AZUCENA y CRISANTO. Aquella viste un traje de mañana sugestivo.)
- CRISAN. ¡Ay, tío, qué alegría! Azucena está sana y salva. (A ella.) Pero, de verdad, ¿no tienes ninguna lesión?
- AZUCE. Ninguna. Aquí, esta cadera, me duele un poco.
- CRISAN. (Apurado.) ¡Ay, tío, que le duele la cadera! (A ella.) ¿Es aquí, no?
- ARTE. Una ligera contusión.
- VENTU. A ver, a ver. (Tocando en la parte dolorida de Azucena.) Yo creo que no... ¿Eh?... (Se recrea unas mijajas.) ¡Caracoles! A ver la otra... (Lo mismo.) ¡Mi abuela, qué dureza!
- AZUCE. Pero si no tengo nada de particular.
- VENTU. ¿Cómo que no? A ver comparando las dos...
- CRISAN. (Mosqueado.) No, tío; las manitas quietas, que usted no entiende de esto.
- VENTU. Más que tú, rico.
- CRISAN. ¿Ha ido usted a la Facultad de Medicina a estudiar?
- VENTU. No, pero he frecuentao mucho los cines. (Todos ríen.) Aquí lo importante es que mañana aprovechéis la primera ocasión pa cumplir la cláusula del testamento.

- AZUCE. (Ruborosa.) ¡Don Venturoso!...
- ARTE. ¡Oh! Eso todavía no.
- VENTU. ¿Cómo?
- ARTE. Hay que esperar a que se pase el trastorno de Epifanio, porque no adelantáramos nada. Lo convenido es que él pida luego el divorcio, y siendo un anormal no lo va a pedir.
- AZUCE. Se escribe lo que sea y que lo firme.
- ARTE. Cómo se nota que en estos asuntos están ustedes *alicuando papam muscis*... Vamos, moscas tres... Para el divorcio el marido tiene que comparecer ante el juez, y el pobre Epifanio no está ahora para...
- VENTU. Pero, ¿es que se van a retrasar las cosas por eso? ¡Doña Artemia, que tengo unas ansias de cobrar!
- ARTE. Pues hay que tener paciencia. A Epifanio le reconocerá un médico y ya veremos.
- AZUCE. Aquí llega con Ubaldo.
- ARTE. A ver si ha mejorado algo. (En efecto, del brazo de UBALDO llega EPIFANIO, al que han puesto un mono de mecánico y un sombrero de segador de alas descomunales.) ¿Qué? ¿Va recordando las cosas?
- UBAL. Muy pocas. Lo peor es que todo lo confunde.
- ARTE. (A los demás.) Lo que les dije.
- UBAL. A mí me ha preguntao que si era Marcial Lalanda.
- VENTU. ¡Caray! (Plantándose delante de Epifanio que permanece con gesto idiotizado.) ¡Eh, amigo Epifanio! ¿Se acuerda usted de mí? Venturoso, el de las fajas y los sostenes.
- EPI. ¿Sostenes?... ¿Qué son?...
- VENTU. Pues sostenes, esto de... Y fajas, esto... (Todo lo marca expresivamente, con mímica, señalándose en el cuerpo de forma un poco afeminada.)
- EPI. (Como si entendiera.) ¡Aaaaah! (Todos le miran con ansiedad.) ¿Que usted...? (Le da un golpecito en el hombro, seguido de un gesto afeminado y un paseito a saltos.)
- VENTU. ¡Rediez! ¿Qué ha creído?
- ARTE. ¿Lo ven ustedes? Todo lo trastrueca.
- AZUCE. A ver si se acuerda de mí. (Plantándose delante

- de él.) ¡Eh, Don Epifanio! Y a mí, ¿me recuerda usted? Soy Azucena.
- EPI. ¿Azucena? No sé... (La mira fijamente y acaba riéndose idiotamente.)
- CRISAN. Callarse, a ver si a mí... (El mismo juego.) Muy buenas. Soy el sobrino de aquí. El sobrino de mi tío. Crisanto. Crisanto Pe-láez y Cachete.
- EPI. No sé... (De repente se le ilumina el rostro y sonríe.) ¡Ah, sí!... Cachete...
- ARTE. (Muy contenta, a los otros.) Se acuerda, se acuerda.
- EPI. Cachete... Cachete... (Y atiza a Crisanto un tortazo descomunal.)
- CRISAN. ¡¡Ay!! (Se tambalea.)
- AZUCE. (Recogiéndole en sus brazos.) ¡Crisantín!
- ARTE. ¡Epifanio!... ¡Qué tortazo! (Satisfecha.) Pero ya hay algo que no se le ha olvidado.
- CRISAN. ¡Al que no se le olvida esto es a mí, señora! (Medio lloroso.) Me ha dejado de perfil. (Tocándose el carrillo.) ¡Ponerme aquí algo!
- AZUCE. Sí, vamos en seguida. ¡Pobre Crisantito! (Mutis izquierda Azucena y Crisanto.)
- VENTU. (A Artemia.) Y a ver cómo arreglamos esto.
- ARTE. Sí. Lo primero es buscar un médico, o llevarle a Madrid. (Venturoso va a hacer mutis por la derecha, pero se encuentra a Epifanio que le mira fijamente repitiendo maquinalmente:)
- EPI. Cachete... Cachete...
- VENTU. (El que me quiere dar a mí.) (A Epifanio, señalando con el dedo a un punto imaginario.) Mire, mire qué palomita... (Mientras Epifanio mira, Venturoso se escabulle rápidamente.) (¡A mí, no!) (Mutis.)
- ARTE. (Después de hacer un juego parecido, al mutis por la derecha.) ¡Caramba! ¡Si le llego a decir que me llamo de apellidos Dale y Puro!) (Quedan solos Epifanio y Ubaldo. Aquél se sienta y deshoja una margarita. Ubaldo le contempla con gran escama.)
- UBAL. (A mí este tío me tiene la mar de escamao. Esa pérdida de memoria, así, tan de repente... Yo voy a ver qué combinación se trae este fresco.) (Hace mutis por la derecha para salir en seguida gritando desaforadamente.) ¡¡Epifanio!!

- ¡¡Epifanio!! (Este sigue sentado e impassible.) ¡Corra usted que viene un toro escapao!
- EPI. (Inicia la fuga despavorido.) ¡La órdiga! (Ubaldo ríe y Epifanio le mira con las del veri.) ¿Viene un toro o... tu padre?
- UBAL. (Con chunga.) Vamos, que lo que son toros sí lo recuerda usted.
- EPI. Bueno, oiga, amigo Ubaldo...
- UBAL. No me tiene usted que decir una palabra. Me lo sé de memoria: que a usted le han hecho una infamia, casándole casi por sorpresa para conseguir un lucro.
- EPI. (Calderoniano.) ¡A costa de mi honra, sí señor!
- UBAL. Y que a esta gente hay que castigarla como se merece.
- EPI. Natural; porque si no mañana los novios se *interviuvan*, y pasao el divorcio... y la patá de Charlot.
- UBAL. Es una canallada. Estoy con usted.
- EPI. Ahora, que yo me estoy aquí un mesecito disfrutando de este aire campestre y de estas granjeritas que visten tan frívolas... jeso es viejo!
- UBAL. Natural. Estoy con usted... estoy con usted hasta que se nos acabe. (Mira.) ¡Cuidado, doña Artemia!
- EPI. (Bueno, este tío tiene la cara mucho más dura que yo. ¡Porque yo, al fin y al cabo, soy el interesao!)
- UBAL. (Para disimular ha sacado un duro y se lo muestra a Epifanio.) Mire usted, esto se llama un duro. (Por la izquierda ARTEMIA, MODESTA y PETRA.)
- ARTE. ¡Oh, el pobre! ¿Qué, no mejora?
- UBAL. Nada. No recuerda ni el dinero, que ya es raro. (Siguiendo en su lección.) Esto se llama un duro..., un duro.
- EPI. (Se pasa la mano por la cara y finge recordar.) Sí..., un duro. (Lo coge y quiere irse con él.)
- ARTE. Eso es.
- PETRA. ¡Lástima de hombre!
- ARTE. Vamos a ver. (Coge el duro de Ubaldo.) Tenga usted, ponga la manita. (Se lo entrega.) Si yo se lo pido ahora, ¿qué es lo que usted me devuelve?
- EPI. Catorce reales.

- UBAL. (¡Ya se ha quedado con seis!)
- ARTE. ¡No, hombre! ¡Ay, está imposible! (Epifanio se retira y se guarda el duro.)
- UBAL. (Que no le pierde de vista.) ¡Caray, que se guarda el duro! Voy a llevármelo para seguir...
- ARTE. ¡Qué bondadoso es usted, amigo Ubaldo! Lléveselo, sí, a ver si con el aire cambia un poco.
- UBAL. (Coge a Epifanio de un brazo y le dice, mientras van haciendo mutis muy despacio.) ¡Oiga, duro..., dígo, Epifanio! ¡Deme usted el duro!)
- EPI. (¿Qué duro? No recuerdo.)
- UBAL. (¡Eh, a mí amnesia no! Venga el ojo de buey!)
- EPI. (Espere, hombre. ¿No ha oído usted a doña Artemia que a ver si cambio?) (Mutis de Epifanio y Ubaldo por la izquierda.)
- MODES. La verdad es que como no se cure...
- ARTE. Calle usted, que tengo unos remordimientos... ¡Pensar que por el viaje en aeroplano! Yo debí dejarles que eligieran el medio de locomoción *adlibitum*.
- PETRA. Claro, el avión es tan inseguro...
- ARTE. ¡Oh, no! Nada de eso. Es que no se puede volar en una lata de sardinas, que es lo que a mí me proporcionaron. Pero mi pericia es notoria. Para que lo sepan ustedes, se está formando un cuerpo de taxistas del autogiro y yo seré la jefa.
- MODES. ¿Autogiro? ¿Qué es eso?
- ARTE. ¡Oh! ¿No conocen el grandioso invento de un español? El autogiro es hoy un éxito mundial y yo me honro elevándome en él porque adoro el progreso y porque soy española.

(OSCURO Y MUTACIÓN)

CUADRO OCTAVO

Telón corto que representa un autogiro en pleno vuelo. Otros motivos decorativos, a gusto del pintor.

MUSICA - NUMERO 7

(LA DEL AUTOGIRO—triple—y LAS DEL AUTOGIRO—segundas triples—. Trajes de aviadoras arrematados con un casquete en la cabeza rematado por las tres aspas del autogiro. Termina el número haciendo todas mutis. Oscuro y mutación.)

CUADRO NOVENO

Otro lugar pintoresco de la granja en que nos encontramos. Es una especie de corralada de sabor típico, aunque estilizada en revista. Es de día.

(En escena VENTUROSO y CRISANTO. Este manipula en la pata de una de las sillas que hay en escena, mientras que Venturoso vigila para no ser sorprendidos.)

VENTU.
CRISAN.

¿Cómo va eso?

Superior. Esta pata se dobla en cuanto se siente. A ver si con esta emoción y las otras que le tenemos preparadas le vuelve a ese hombre la memoria.

VENTU.
CRISAN.

Yo creo que doña Artemia está equivocá. No, tío. También lo dijo el médico que vino a verle: que esas enfermedades producidas por un accidente se curan causando al enfermo una emoción parecida a la que le dejó para el arrastre.

VENTU.

Pues ya está: lo mejor es subir a Epifanio en otro aeroplano y dejarlo caer.

- CRISAN. ¡Vamos, no sea usted bruto!
- VENTU. Es que tó lo demás son ganas de perder el tiempo. En veinte días que llevamos aquí le hemos buscao cincuenta «emociones» —que dice doña Artemia—y como si ná. ¡Mira que la de anoche fué terrible!
- CRISAN. ¡Ya, ya! ¡En mitad de la cena desprenderse la lámpara del comedor sobre la mesa!
- VENTU. Pues ya viste, Epifanio se quedó tan fresco, sonrió y dijo: «¡Caramba, hoy que iba tan curioso me cae encima una lámpara!...» Y acabó pidiendo un cepillo.
- CRISAN. A ver qué hacemos, porque esta situación es horrible para mí.
- VENTU. Pa los dos, salao. Que estoy viendo los miles de duros en las nubes. ¡Maldito sea el avión, la abogada y el día que cayeron en esta granja... que también se las trae!
- CRISAN. ¿Lo dice usted por las granjeras?
- VENTU. Naturalmente. Me tién mu mosca. Porque ya es demasiada amabilidadá la suya.
- CRISAN. Sí, señor. A mí me dan una de pellizcos, así como de broma. Y me abrazan con cualquier pretexto.
- VENTU. ¡Ah!, ¿sí? ¿Cuál de ellas?
- CRISAN. Todas. Y es que a las mujeres de aquí las pasa algo raro.
- VENTU. (De repente, mirando hacia la lateral derecha.) ¡Rediez!
- CRISAN. ¿Qué mira usted?
- VENTU. (Agachándose para ver mejor.) Azules.
- CRISAN. (Mirando también.) ¡La osa-mayor! ¡Qué panorama ofrece aquella mujer agachada! Y, ¿qué dice usted que son azules?
- VENTU. Los pantaloncitos que se la ven.
- CRISAN. No sea usted anticuao. Eso ahora se llama «culote».
- VENTU. Pues yo siempre le he llamao «culote» a lo de más adentro. ¡Fíjate que «*espetáculo*»!
- CRISAN. No estoy para frivolidades, tío. Porque si a usted le tienen «mosca» las granjeras, a mí me tiene mucho más escamao Azucena. Es una coqueta. Todos los días recibe una de cartas que yo no sé de quién son.
- VENTU. Calla, que ahí viene el desmemoriao. Vá-

- monos pa que no sospeche de nosotros y pique en lo de la silla. ¡Ojalá se caiga y le vuelva la memoria..., o, por lo menos, que se mate!
- CRISAN. No, tío, que eso no nos conviene porque... (Se van tío y sobrino hablando por la derecha. Por la izquierda EPIFANIO, MODESTA y LORENZA, aquél sorbiendo un huevo.)
- MODES. Pero si ya va estando usted muy mejorado.
- LOREN. Ya lo creo. Se acuerda de todas las dependencias de la granja que le enseñamos ayer.
- EPI. Sí. Verán ustedes: ayer me llevó usted a un sitio que se llama... ¿Cómo se llama? ¡Ah! El gallinero.
- MODES. Muy bien.
- EPI. Y el otro el..., el..., ¡el Palomar!
- MODES. ~~¿Y se acuerda usted que le dije que hoy?...~~
- EPI. ~~¿Que hoy?... ¡Ah, sí! Que me enseñaría usted la conejera. De lo que no me acuerdo es de lo que hicimos en el palomar.~~
- MODES. (Visiblemente azorada.) No... no; en el palomar, nada. Verlo..., verlo nada más.
- LOREN. (Esta Modesta es una insaciable.)
- EPI. Si de las cosas de ahora me acuerdo. Lo malo es lo pasado... (Al sorber el huevo pone gesto agrio.) Lo pasado como este huevo que debe ser de hace diez meses. (Le tira y busca afanosamente por los bolsillos.)
- MODES. ~~Pero ¿qué busca usted?~~
- EPI. ~~Pues otro..., otro de estos. Porque me parece que yo traía dos. ¡Ah, sí, aquí está! (Sorbe de nuevo.)~~
- MODES. ¿Le gustaría quedarse de agricultor con nosotras?
- EPI. Ya lo creo. Y lo que más me agradaría sería sembrar. No sé por qué me parece que donde yo eche simiente sale fruto.
- LOREN. ¿Frutos grandes?
- EPI. A lo mejor chicos. Pero ya crecerían.
- MODES. (Insinuante.) Pues le agradeceremos la ayuda, ¡ay!, que nos es muy necesaria.
- EPI. Y, a propósito: ¿qué pasa en este pueblo que no hay apenas hombres?
- MODES. (Vergonzosamente.) Los hombres de aquí se marchan del pueblo en seguida.

- EPI. ¿Por qué?
MODES. Pues porque las gallinas de esta región sueltan del plumaje un polvillo que en las mujeres influye de un modo que nos hace ser en ciertas cosas...
- LOREN. (Con la vista en el suelo.) ...Como las gallinas.
EPI. ¡Caray! Y, claro, los hombres...
MODES. Son unos cobardes y huyen.
LOREN. Hasta le han puesto al pueblo de mote «Dos caminos».
- MODES. Porque dicen que aquí no hay más camino que a la estación... o al cementerio.
EPI. O a Valdelatas.
MODES. Y eso que don Remigio, el boticario, lo solucionó con unas ampollitas de su invención que hacían de cada hombre... ¡dos tíos!
- EPI. ¡Redroga! Y ¿de qué son?
LOREN. De extracto de gallo. Ya sabe usted que ese animalito...
- EPI. Sí, es un hacha pa enamorar gallinas.
LOREN. (Sacando un tubo pequeño.) ¿Por qué no toma usted una?
- EPI. ¡Hombre, yol...
MODES. Ande, ánimo y le esperamos en la huerta dentro de media hora.
- EPI. Bueno, venga. Aunque no me hace falta... (Coge el tubito.)
MODES. Disimulemos que viene Petra. (Por la derecha PETRA, con un montón de cartas en la mano.)
- PETRA La señorita Azucena va a necesitar un peatón para ella sola.
LOREN. ¿Más cartas?
PETRA Todas éstas. Y seguramente de adoradores como las otras.
- MODES. Mujer, que está aquí don Epifanio.
EPI. Ustedes digan lo que quieran que yo soy muy reservao.
- MODES. Además, que no es culpa de su señora. Es que la confunden con una artista de Madrid, *Fulana de Tal*, (Dígase el nombre de la artista que interprete el personaje de Azucena) que se le parece mucho. Y los pollos de la capital no cesan de pedirle retratos con su autógrafo.
- LOREN. A mí me han dicho que a las *vedets* como esas no las dejan vivir sus admiradores.

PETRA ¡Quién fuera *vedet!* ¿Verdad, don Epifanio?
EPI. ¿*Vedet?* No me acuerdo de lo que es. Pero,
bueno, ¡quién fuera *vedet!* (Oscuro y mutación.)

Telón corto en el que se ven diversos motivos decorativos relacionados con los obsequios que reciben las artistas de teatro: un botones portador de un ramo de flores, un estuche con un collar, una caja de bombones, un tarjetón en el que se lee las primeras líneas escritas de una declaración amorosa, etc., etc.

MUSICA - NUMERO 8

(LA VEDETTE; luego LOS BOTONES—segundas tiples—. La Vedette, vistiendo un traje fantástico, canta unos couplets, bajando al patio de butacas y dedicando cada letra a un espectador distinto, al propio tiempo que entrega al público retratos suyos con un autógrafo. En el último estribillo salen—también por el público—las vicetiples, con estilizados trajes de Botones, y reparten retratos igualmente. Suben, al fin, todas al escenario y hacen mutis bailando. Terminado el número, oscuro, mutación y volvemos al anterior decorado.)

Hablado

EPI. (Que simula, desde la lateral derecha, despedir a las granjeras.) Que sí, guapas, que me esperéis en la huerta, que voy. (Por la izquierda UBALDO con una venda en la frente.)

UBAL. (Pero, ¿qué hace éste?) ¡Epifanio! ¡Epifanio! (Este no le hace caso.) Oye, recobra la memoria que el que te llama soy yo.

EPI. ¿Tú, Ubaldete? Pero, ¿vas a cantar jotas?

UBAL. (Señalándose la venda.) Una «emoción» que te tenían preparada y que me la he llevao yo.

EPI. ¡Caracoles! ¿Qué era?

UBAL. Una barra de un portier que se caía solo con mirarla. (Va a sentarse en la silla preparada, pero rectifica y sigue de pie.) Y te advierto que te están buscando unas «emociones» que

escalofrían: tirarte al estanque, pegarte una perdigonada... Ten cuidado, porque lo que es a mí no me vuelven a sorprender con otra «emocioncita». (Se sienta en la silla preparada y se da una costalada de padre y muy señor mío.) ¡¡¡Mi abuela!!!

- EPI. (Ayundándole a levantarse.) ¡Ubaldo!
- UBAL. ¡Nada, que me han tomao los trucos un cariño!... Bueno, yo venía a decirte que tienes que tener cuidado y no abusar. ¡Están desapareciendo una serie de objetos!
- EPI. Hombre, eso son detalles de mi papel. Como no tengo memoria me confundo y me creo que todo es mío.
- UBAL. Sí, pero es que has cargao hasta con la gramola... (Dentro se oye la voz de Artemia.) Tú, que viene doña Artemia. Déjame con ella. Voy a ver si la saco lo que proyectan y podemos évitar...
- EPI. Y yo aprovecho para entrevistarme con las granjeras que me esperan en la huerta. A ver si averiguas algo. (Vase por la izquierda.)
- UBAL. ¿Qué se le habrá ocurrido de nuevo a doña Artemia? Porque es que a cada minuto que pasa me veo esta vida muelle, al par que regalada, en el alero. (Por la derecha llega Artemia con un traje veraniego de lo más elegante y provocativo. Viene muy ensimismada, aprendiéndose de memoria algo que lee en un cuadernito.)
- ARTE. (Leyendo.) «Acabaca ya *regadera* que te *endiño*.» Vamos a ver. (Lo repite con un acento que quiere ser muy chulo.) «Acabaca ya *regadera* que...» ¡Vaya, ya se me ha olvidao! (Vuelve a consultar el cuaderno.) Ahora. (Y suelta de carrilla todo lo que sigue, y en jarras para parecer más chula.) «*Regadera* que te *endiño*. La *órdiga*, la *vértiga* y *fetén*. Toma del frasco, so negrales, que me *tiés*, que me *tiés*.»
- UBAL. (Interrumpiéndola.) Pero, doña Artemia, ¿qué hace usted?
- ARTE. ¡Oh, amigo Ubaldo! Aprendiéndome de memoria varias frases chulescas. Porque yo, en sacándome de «pedazo de primo» y «tío panoli», soy menos chula que unos guantes de gamuza.

- UBAL. Y, ¿para qué está usted aprendiendo eso?
ARTE. Para curar a Epifanio. Yo sé que en su juventud adoró con frenesí a una cupletista especialista en rumbas. Vamos, de esas que hacen... (Movimiento de rumba.)
- UBAL. Comprendido. (Hace también otro movimiento.)
ARTE. Una tal Pepa, la Camagüeyana, que era chulísima. Y como él también ha sido un achulado toda su vida, pues voy a ver si le vuelvo la memoria recordándole gráficamente aquel tiempo feliz.
- UBAL. ¡Ah! ¿Pero usted...? (Otro movimiento.)
ARTE. No sé cómo me saldrá. ¡Porque es que hay cosas que me da una vergüenza decirlas! Esto de: (Lee en el cuaderno) «que me *tiés pa* el arrastre, vampiro...», ¡me da un sofoco! ¡Porque es que me figuro el arrastre y vamos!... (Esto lo dice muy ruborosa.)
- UBAL. Pues la que está para una locura con esa *toilette* es usted.
ARTE. Sí. Todo esto me lo ha regalado él. (Luce el traje.)
- UBAL. ¿Eh?
ARTE. No tiene memoria más que para eso. ¡Pobrecillo! En cuanto puede se escapa, baja al pueblo y me trae algo. Le ha dado por ahí. Y lo siento porque se va a arruinar.
- UBAL. (Con intención.) No. Estas cosas las saca muy baratas.
ARTE. Eso dice. Asegura que este traje le ha costado cinco duros nada más. Es regalado, ¿verdad?
- UBAL. ¿Regalado? Robao, no le quepa duda.
ARTE. (Mirando a la lateral izquierda.) ¡Ay! ¡Eh! Déjeme. Voy a hacer una experiencia.
- UBAL. Sí, señora. Me voy. (¡Y yo sin tiempo para prevenir a ese!)
ARTE. ¡Ay, ojalá me dé resultao y le cure! Yo creo que el procedimiento no puede fallar. Hasta ahora las chulerías me van saliendo muy bien. (Lee en el cuaderno.) «*Amos* anda, *amos* anda, que te frían un concejal y *achanta* la *muy* que te conviene». (Se guarda el cuaderno.) Bueno, ¿seré tonta? Tengo una emoción y, además, una cosa más rara. Sé que hago

- esto como si aplicara una medicina y, sin embargo, casi me gusta a mí. (Se sienta. Por la izquierda, EPIFANIO.)
- EPI. ¡Atiza! ¡Ella! ¡Y cómo se ha puesto! Con lo que a mí me gusta esta mujer y el potingue ese de gallo que me acabo de tomar..., ¡a lo mejor meto la pata! Epifanio, ten pies de plomo y disimula.) (Avanza hacia ella componiendo un gesto lo más idiota posible.) ¡Ah! Hola...
- ARTE. (Arrancándose de primeras.) Hola, *pichí*. ¿Qué pasa en Calahorra?
- EPI. (Que se queda de una pieza.) ¡Arrea! ¿Calahorra?
- ARTE. ¿Qué? ¿De darse un *garbeo* por ahí, verdad *manús*?
- EPI. ¡Sopla! Sí; de pasear un poco, doña Atanagilda.
- ARTE. Pero, ¿cómo Atanagilda, so *pasmao*?
- EPI. (Cada vez más estupefacto.) ¿Pasmao?
- ARTE. *Claroco: pasmao, gili, atontao y alelao.* ¡No se me ha olvidao!
- EPI. ¡Pero, doña Abundia!
- ARTE. ¿Abundia? *Amos* anda, *amos* anda que te frián un concejal y *achanta* la *muy* que te conviene, *negrales*. Que soy más chula que una rana con tirantes...
- EPI. (Pero, ¿qué le pasa a esta mujer? ¿Y qué hago yo con un concejal frito?)
- ARTE. Usted de lo que venía es de pensar en... (Inicia un movimiento de rumba, pero se contiene.) ¡A mí el hacer esto me da una vergüenza horrible! (Como ocurriéndosele una idea.) ¡Ah, sí! (Se vuelve de espaldas a él y, llamándole previamente, hace el movimiento con el pecho.) Epifanio... (¿Qué querrá?)
- EPI. (El mismo juego.) Epifanio...
- ARTE. (Se conoce que la pica algo.) (La rasca con ambas manos en la espalda.)
- ARTE. (Sorprendida.) Pero, ¿cómo?... ¡Ay, no me recuerdas! (Ya decidida, marca francamente unos pasos de rumba y canta:) «*Arsa* y colúmpiate contra un farol...»
- EPI. (Que ya se ha dado cuenta del truco.) ¡Ah, vamos! Ésta quiere hacerme recordar a Pepa la Camagüeyana. ¡Pues me hincho! (Dramático,

- avanza hacia ella.) ¡Sí! ¡Tú! ¡Pepa la Camagüeyana! ¡Chata mía! (Trata de abrazarla.)
- ARTE. (Asustada.) ¡No, Epifanio, que es un recuerdo nada más!
- EPI. (Persiguiéndola.) ¿Un recuerdo? Pero, ¿tú no eres la Pepa..., la Pepa que se mueve..., la Pepa que anda?
- ARTE. Sí; anda la Pepa..., pero tú estate quietecito.
- EPI. Entonces, ¿quién eres tú, que no me acuerdo? Ven, a ver si te reconozco... (Ella, asustada se deja hacer un reconocimiento manual.)
- ARTE. Pero, oye, rico, ¿es que las reconoces al tacto?
- EPI. (Que sigue en su labor.) ¿Quién eres tú que tienes lo que todas... un poco más desarrollao?... (De repente da un repeluzno y avanza dos o tres pasos, andando como lo hacen los gallos, con la cabeza erguida.) ¡Caray! (Otro paseito igual.)
- ARTE. ¿Qué te pasa, Epi?
- EPI. No sé. Que me pongo muy nervioso. (¡Claro, el extracto de gallo!) (No puede contenerse y hasta cacarea un poco.) (¡Estoy viendo que me salen plumas y cresta!)
- ARTE. No te preocupes y sigue. ¿Es cierto lo que me has dicho?
- EPI. Tan cierto como que tú eres la más bella, la más estupenda y la más atrayente de las gachís.
- ARTE. (Entusiasmada.) Epifanio..., ¡qué pico tienes!
- EPI. ¿Ya? (Se echa mano a las narices alarmadísimo. Hace más cosas imitando a los gallos.)
- ARTE. ¡Ay! Pero, ¿qué es eso, chato?
- EPI. Nada, hija, que no soy lo que parezco.
- ARTE. Pues, ¿qué eres?
- EPI. Por lo visto... soy el gallo.
- ARTE. ¿Tú el gallo? Pero, ¿vuelves..., vuelves a perder la memoria? Entonces, ¿quién crees que soy yo?
- EPI. ¡Pues como no seas la Pastora!

MUSICA - NUMERO 9

(ARTEMIA y EPIFANIO. Duetto cómico, en el que ella imita caricaturescamente el canto y baile de la Pas-

tora Imperio, y el la forma de torear del Gallo, con sus clásicas espantadas inclusive. Con el número hacen mutis los personajes. Oscuro y mutación.)

CUADRO DÉCIMO

Telón corto: perspectiva de la granja y campo, todo estilizado muy en revista.

(En escena UBALDO, llamando a Venturoso desde la lateral izquierda.)

UBAL. ¡Eh! ¡Venturoso! ¡¡Venturoso!!... Nada, que no me oye. Pero, ¿qué le pasa? Si parece que está haciendo gimnasia con un garrote que es un árbol. ¡Ah! Debe ser un deporte que ahora le llaman lanzamiento de jabalina. (Por la izquierda aparece VENTUROSO, arreglándose la americana y con el citado garrote en la mano.)

VENTU. Ea, esto ya está. Pasa monín. (Y sale CRISANTO: el pelo en desorden, la cara llena de rasguños, un ojo contusionado, etc.) Repite aquí, a don Ubaldo, lo que me acabas de decir a mí.

CRISAN. Pues eso: que estoy dispuesto a cumplir la cláusula del testamento con cualquier casa, con una del pueblo, con la que sea.

UBAL. ¿Y como, así, tan de repente?

VENTU. Que me he decidío a convencerle, ¿verdad, rico? (Mueve el garrote.)

CRISAN. Sí, tío.

VENTU. Lo he agarrao en el campo, los dos solitos pa que no se oyera... la «discusión...»; le he dao cinco o seis... «razones» de fuerza, y, claro, ise ha convencío!

UBAL. Persuasivo que eres.

VENTU. Y ahora vete a que te dé un poco el aire. ¡Ah! Si se te ofrece alguna duda, vuelves... que aún me quedan unos cuantos «razonamientos» de fuerza. (Mutis Crisanto por la izquierda.) Bueno, Ubaldo, te aseguro que estoy tronchao.

- UBAL. Se comprende, del ejercicio. (Por la derecha MODESTA y LORENZA.)
- MODES. Buenas tardes.
- UBAL. ¡Viva el rumbo! ¿Dónde van las bellezas del pueblo?
- LOREN. A la fiesta que dan en el teatro.
- MODES. Es que hoy eligen «Miss Villagallos». Y hay un programa precioso: música, títeres, elección de la Miss y para final unos cuadros musicales.
- LOREN. Por cierto que trabaja la señora de don Epifanio.
- VENTU. ¿Azucena?
- MODES. La misma. Hace la figura principal en un cuadro mejicano y la acompañan varias muchachas del pueblo.
- LOREN. Si quieren venir con nosotras...
- VENTU. Yo no estoy pa fiestas.
- LOREN. (Con intención.) Es que... primero hay cine.
- UBAL. Anda, Venturoso, ámate; así te distraes.
- MODES. Pues claro, anímese. Porque si vamos nosotras solas tendremos que dedicarnos a ver la película.
- UBAL. Anda, hombre. ¿No ves con qué amabilidad nos invitan? Y además veremos eso mejicano. (Al mutis de los personajes, imitando graciosamente a un pelao mejicano.) Dígame, *manito*, ¿no venís vos con estas *chaparritas* lindas? ¡*Andate* no más!
- VENTU. (Con el mismo tonillo.) ¡Pues vamos pa allá!... (Oscuro y mutación.)

CUADRO UNDÉCIMO

Primero, telón corto—ante el cual canta la Vedette una canción—en el que se ven hábilmente mezclados diversos motivos mejicanos: un «pelao» montado a caballo, un sarape, un calendario azteca, etc., etc. Después, desaparece este telón y, a todo foro, un gran patio, alegre y luminoso, de una casona mejicana, de parecida arquitectura a nuestros patios andaluces.

MUSICA - NUMERO 10

(MEJICANA 1.^a—vedette—, luego MEJICANAS y MEJICANOS—segundas tiples—; por último, pareja de baile. Ante el telón corto canta la Vedette una breve canción mejicana, preparatoria del cuadro que sigue. Con oscuro y mutación aparece el decorado a todo foro del gran patio en una casona mejicana. Sentadas, en dos filas, las segundas tiples en disposición de tocar la guitarra. Sigue la canción anterior, que es acompañada por las guitarras. Terminada esta primera parte del número, gran bailable en el que intervienen todos los personajes, incluso el bailarín y la bailarina. Y en medio de la mayor alegría cae el Telón.)

CUADRO DUODÉCIMO

El mismo telón corto del «Cuadro décimo».

(Por la izquierda, ARTEMIA y EPIFANIO. Este viene comiendo granos de trigo.)

- ARTE. Pero, vida mía, no comas tanto trigo que te va a dar una indigestión.
- EPI. Es que desde que me tomé aquel potingue de gallo, ise me ha desarrollao una afición a los cereales en grano!
- ARTE. Ya, ya. En cambio de lo de tu memoria estás muy mejorado, ¿no?
- EPI. No creas. De lo pasao ni palabra.
- ARTE. (Amorosa.) Pero hay algo que no te se olvidará nunca, ¿verdad, cielo?
- EPI. De tu amor tengo yo recuerdo para toda la existencia, ¡mi vida!
- ARTE. Pues hasta luego. Voy al pueblo a comprar unas cosillas. Y, además, a lucirme con las galas que tú me has regalado.
- EPI. (Con cierta alarma.) ¡Caray! Oye, te advierto que en el pueblo no se fijan.
- ARTE. ¡Oh, ya lo creo! Yo diré a todos que son

- obsequio de mi enamorado. (Mutis por la derecha.)
- EPI. ¡No! ¡Oye, no digas nada! Como la vean, la que se va a armar. (Vase detrás. Por la izquierda AZUCENA y CRISANTO.)
- AZUCE. ¡Ah, infame, canalla, traidor! ¿De modo que te has lanzado a serme infiel con cualquier granjera de estas? ¿Tú sabes el daño que eso me hace?
- CRISAN. ¿Y tú sabes el daño que hacen las palizas de mi tío? Y lo malo es que no tienen trazas de acabarse.
- AZUCE. ¿No?
- CRISAN. Como tengo esta mala pata, resulta que todas las mujeres que se me rinden son viudas o solteras. Y a cada fracaso, paliza de mi tío.
- AZUCE. En cambio, conmigo que soy la interesada... ¡ni hablar!... ¡Ay, qué desgraciada soy! Casada y, sin embargo, soltera...
- CRISAN. (Consolándola.) ¡Azucenita!
- AZUCE. ¿Qué les cuento yo a mis amigas de Madrid cuando me pregunten pormenores del matrimonio? Oye, por lo menos enséñame algún detalle.
- CRISAN. Bueno, descuida que... menudo detalle te voy a enseñar.
- AZUCE. Esa es la cosa. Y me lo pones en un papel.
- CRISAN. ¿Cómo en un papel?
- AZUCE. Escrito, para que no se me olvide. (Por la izquierda UBALDO y VENTUROSO. Este viene agitando triunfalmente una carta en la mano.)
- VENTU. ¡Crisanto, sobrino, por fin! ¡La felicidad, el dinero, el bienestar! Lee esta carta del hermano del testador, que así esté en gloria el pobrecito.
- CRISAN. (Después de leerla.) ¿Cómo? ¿Que hay un testamento que tenía como condición la de no abrirse hasta pasados seis meses del primero?
- VENTU. Y, fíjate, en este nos deja herederos a ambos de lo mismo que en el otro, sin condición ninguna. ¡Qué alegría! Yo cobro, este cobra... (Por Crisanto.)
- CRISAN. Yo ya he cobrao.

- UBAL. A la vista está. Ahora, que con tanto «razonamiento» lo estás dejando que parece un niño ruso.
- AZUCE. A mi lado se repondrá.
- CRISAN. ¿Tú crees? No abuses mucho que estoy para muy pocas bromas.
- AZUCE. Ahora lo importante es divorciarse de ese hombre.
- CRISAN. Pero ¿cómo, si no ha recobrao la memoria?
- VENTU. ¡Esa es otra! Ubaldo, repíteles lo que me has dicho a mí.
- UBAL. Que no hay tal pérdida de memoria. Que ha sido un truco de ese frescales para no divorciarse y vivir a costa de ustedes.
- VENTU. A este pobre hombre lo tenía amenazao de muerte si lo descubría. ¡Yo pagaré tu abnegación, Ubaldo! (Le abraza.)
- CRISAN. Callarse, que viene Epifanio.
- VENTU. Ahora veréis. (Por la derecha EPIFANIO. Entra con aire distraído, pero al ver el grupo se repone y vuelve a hacerse el tonto.) ¡Hombre, el amigo Epifanio!
- EPI. ¡Caramba, don Celedonio! ¿Qué tal?
- VENTU. (Iniciando la chufía.) ¡Ah! ¿Yo soy don Celedonio, eh?
- EPI. ¿No se llama usted así, don Alejandro?
- VENTU. No sé, porque le advierto que se nos ha contagio la amnésia y estamos pasando todos una falta de memoria.
- AZUCE. Como que no nos acordamos de nada. Por ejemplo: ¿usted es un fresco o un sinvergüenza?
- EPI. ¿Cómo?
- VENTU. Otro ejemplo: ¿qué tenía yo decidío, darle a usted un estacazo o asesinarle?
- EPI. (Desconcertado.) Bueno, pero...
- CRISAN. (Aparte, a Azucena.) (Ahora verás.) ¿Y cómo es su nombre, que no me acuerdo? (Piensa.) ¡Ah, sí! Usted se llama Epifanio Frescales y Tortazo. (Sacude a Epifanio una monumental bofetada.)
- EPI. ¡Rediez! Pero ¿qué es esto?
- VENTU. Esto es que hemos descubiertó el truco, ilustre desaprensivo.
- AZUCE. Y que mañana mismo pedimos el divorcio.

- EPI. Les advierto que ya me iba a dar por curao; porque de casao con esta, voy a pasar a casao con otra.
- UBAL. ¿Con doña Artemia?
- EPI. Nos amamos, sí. ¡Me alborea la felicidad!
(Por la derecha aparece ARTEMIA, medio desnuda, con la combinación toda rota, sin sombrero, ni trajes, ni zapatos, desgredada y hecha cisco. Trae una estaca en la mano.)
- ARTE. ¡Lo que te alborea es un estacazo que te voy a dar, por granuja! (La contienen.)
- TODOS. ¡Doña Artemia!
- EPI. (¡La catástrofe!)
- AZUCE. Pero ¿qué le ha pasado a usted?
- ARTE. (Llorosa.) Que me han desnudado en la plaza pública los comerciantes de la localidad.
- UBAL. Claro, los regalos de este tío...
- ARTE. ¡Y qué modo de insultarme, llamándome ladrona! (Furiosa a Epifanio.) ¡Maldita sea tu alma, so *chorizo*, que te voy a *endiñar* hasta que la *hinques!*... Ahora me salen las chulerías en serio.
- EPI. Perdóname, Artemia.
- ARTE. De esto ya hablaremos... (Ruborosa.) después de la boda.
- VENTU. ¡Vamos, doña Artemia!... (Todos la embroman. Por la izquierda LORENZA.)
- LOREN. Señoritas, que las están esperando.
- AZUCE. ¡Ah, es cierto! Las simpáticas granjeras que han tenido la gentileza de invitarnos a una cacería. ¿Vamos a vestirnos, doña Artemia?
- ARTE. (Al mutis, mirando amorosa a Epifanio.) (Es un ladrón que quita lo que puede, pero me gusta. ¡Ay, canalla, lo que me vas a quitar a mí en cuánto nos casemos!) (Mutis izquierda de Artemia, Azucena y Lorenza.)
- CRISAN. Y a ver si se cura usted de ese vicio de robar.
- EPI. Pero si ya estoy muy mejorado.
- VENTU. Hombre, le diré...
- EPI. Se lo aseguro. Tanto que ayer, haciendo una cuenta, sumé ocho y seis, catorce, y me llevo una. Bueno, pues recordé mi defecto

y no me la llevé. ¡Esto me dejó más contento!

UBAL. Pero hay que ver cómo quedaría la suma.
EPI. Muy reducida. Era una cuenta que tenía que pagar yo.

VENTU. ¡No, si usted hasta arrepintiéndose saca tajada! Y ahora, vamos, que esperan las señoras pa la montería.

EPI. Y yo, ¿cazo también?

VENTU. Bueno, a usted le encargaremos de la jauría.
EPI. Encantado. Siempre he dicho yo que co-deándome con ustedes, si no me hacía rico, por lo menos acabaría sacando unos perros. (Oscuro y mutación.)

APOTEOSIS

Primero, telón corto fantástico combinando motivos referentes a una cacería: perros de caza, ciervos, figuras de monteros con las trompas colgadas en bandolera, etc., etc. A poco sube este telón y aparece un espléndido decorado a todo foro que representa junto a la fachada de un magnífico castillo, perspectiva amplia de un maravilloso parque. Puede hacerse también un truco a base de un grupo escultórico, que ocupe parte del foro, formado por una jauría cuyas bridas sostienen algunos monteros interpretados por señoritas.

MUSICA - NUMERO 11

(AMAZONAS — la vedette y todas las tiples — y MONTEROS de la cacería — segundas tiples —. Brillante desfile espectacular y telón.)

FIN DE LA HISTORIETA COMICO-VODEVILESCA

OBRAS DE JOAQUÍN VELA

- «La última canción», boceto de comedia en un acto (1).
- «El secreto de la Cibele», disparate mitológico en un acto. Música del maestro Alonso (1).
- «Arroz y tartana», adaptación escénica en cuatro actos de la novela de Blasco Ibáñez (1).
- «El otro camino», comedia en dos actos (1).
- «La tamborilera», zarzuela en un acto. Música del maestro Alonso (1).
- «¡Hay que ver! ¡Hay que ver!», sainete en un acto, consecuencia de «La Montería». Música del maestro Fuentes (1).
- «La danza de Salomé», zarzuela cómica en dos actos. Música de los maestros, Fuentes y Camarero (1).
- «Las Vírgenes eternas», revista en dos actos. Música de los maestros Cases y Barbaglia (1).
- «¡Vaya jaranal!», parodia de «La Bejarana». Música de los maestros Vela y Sancha (2).
- «La guardia real», zarzuela en dos actos. Música del maestro Cases (1).
- «Las islas Jha-jhá», pasatiempo en medio acto. Música del maestro Cases.
- «Por qué fué don Juan Tenorio», antecedente de «Don Juan Tenorio». Música de los maestros Penella y Roig (2).
- «¡Déme usted su ropal!», entremés vodevilesco.
- «¡Señoras..., a votar!», propósito en medio acto.
- «Lo que cuestan las mujeres», humorada cómico-lírica en un acto. Música del maestro Rosillo (3).
- «El milagro de San Cornelio», cuento popular en acción en medio acto. Música del maestro Penella.
- «Todo el año es carnaval o Momo es un carcamal», fantasía humorística en un acto. Música del maestro Rosillo (1).
- «La travesura del niño», juguete cómico-lírico en un acto. Música del maestro Rosillo (1).
- «El curiosígrafo», sketch cómico-científico (3).
- «Noche loca», revista en dos actos. Música del maestro Alonso (3).
- «Yo quiero ser guapo», pasatiempo en un acto. Música del maestro Rosillo (1).
- «El país de la revista», fantasía humorística en dos actos. Música del maestro Rosillo (1).

«Las lloronas», historieta cómico-vodvilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«Paca, la morena o el figón de Curtidores», sainete lírico en dos actos. Música del maestro Roig (4).

«¡Por si las moscas...!»», historieta cómico-vodvilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«¡Es mucha Cirila...!»», sainete en dos actos. Música del maestro Rosillo (1).

«La terraza», entremés sainetesco. Música del maestro Alonso (3).

«Colibrí», historieta cómico-vodvilesca en dos actos. Música del maestro Rosillo (3).

«Me acuesto a las ocho», historieta cómico-vodvilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«La niña de la mancha», historieta cómico-vodvilesca en tres actos. Música del maestro Rosillo (3).

«Las pavas», historieta cómico-vodvilesca en dos actos. Música del maestro Rosillo (5).

«Las dictadoras», fantasía humorística en dos actos. Música de los maestros Faixá y Mollá (1).

«Se necesita una mecanógrafa... fea», pasatiempo en un acto. Música del maestro Alonso (3).

«¿Qué pasa en Cádiz?», historieta cómico-vodvilesca en tres actos. Música del maestro Alonso (3).

«Romea 1932», revista en tres actos. Música del maestro Alonso (3).

«Mi costilla es un hueso», historieta cómico-vodvilesca en tres actos. Música del maestro Alonso (5).

«La camisa de la Pompadour», historieta cómico-vodvilesca en tres actos. Música del maestro Guerrero (5).

«La llave», humorada lírica en tres actos. Música del maestro Alonso (5).

«Las insaciables», historieta cómico-vodvilesca en tres actos. Música del maestro Guerrero. (5).

-
- (1) En colaboración con Ramón María Moreno.
 - (2) En colaboración con José Silva Aramburu.
 - (3) En colaboración con José L. Campúa.
 - (4) En colaboración con Serafin Adame.
 - (5) En colaboración con Enrique Sierra.

Precio: 3 pesetas